

La Mente de • Cristo



Claves para
descubirla
y ponerla
en práctica
diariamente

Ben Gutiérrez

La Mente de • Cristo



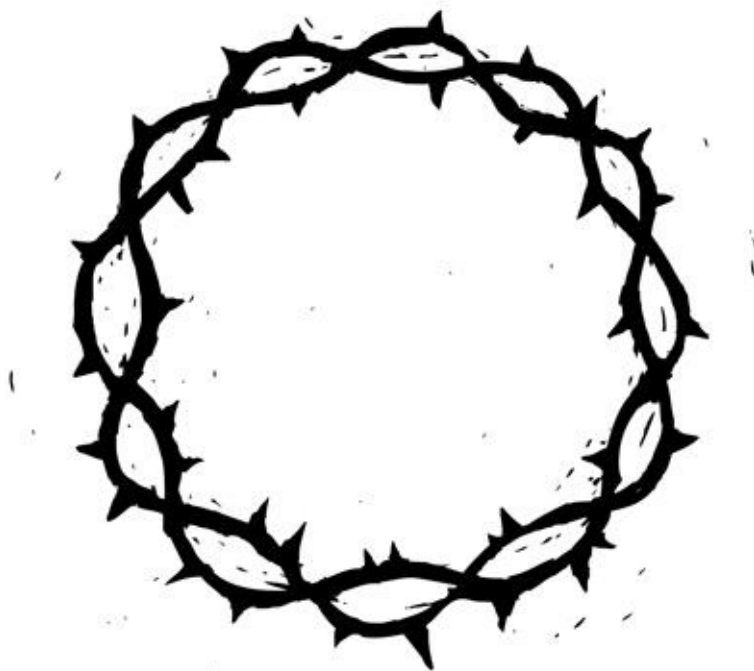
Claves para
descubirla
y ponerla
en práctica
diariamente

Ben Gutiérrez

La Mente de Cristo

Claves para descubrirla y ponerla
en práctica diariamente

Ben Gutiérrez



Nashville, Tennessee

La mente de Cristo, edición digital

Basado en la edición impresa

La mente de Cristo © 2012 Ben Gutiérrez

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

Publicado por B&H Publishing Group

Nashville, Tennessee

ISBN: 978-1-4336-7857-8

Publicado originalmente en inglés por Academx Publishing Services, Inc. con el título Living out the Mind of Christ

© 2012 Ben Gutiérrez.

Traducción al español: Adriana E. Tessore Firpi

Diseño interior: A&W Publishing Electronic Services

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor..

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas fueron tomadas de la Reina Valera Contemporánea © 2009, 2011, Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Las citas bíblicas marcadas RVR60 se tomaron de la Reina-Valera 1960 © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NVI se tomaron de la Nueva Versión Internacional © 1999 Sociedad Bíblica Internacional. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de La Biblia de las Américas. © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas DHH se tomaron de Dios Habla Hoy, Versión Popular, segunda edición © 1966, 1970, 1979, 1983 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NBLH se tomaron de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy, © 2005 The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NTV se tomaron de la Nueva Traducción Viviente © Tyndale House Foundation 2008, 2009, 2010. Usadas con permiso.

A mi bella esposa, Tammy, que ama tanto a Dios.

Después del Señor Jesucristo, eres el mejor ejemplo terrenal que conozco de alguien que manifiesta la mente de Cristo en su vida, ministerio y familia.

Índice

[Prólogo](#)

Jonathan Falwell

[Prefacio](#)

Ben Gutiérrez

[Introducción](#)

«¿Por qué tanta confusión?»

[Parte I. ¿Qué es con exactitud la «mente de Cristo»?](#)

[Capítulo uno: Una mentalidad tripartita](#)

Unidad (Fil. 2:2)

[Capítulo dos: Una mentalidad tripartita](#)

Humildad (Fil. 2:3)

Capítulo tres: Una mentalidad tripartita

Abnegación (Fil. 2:4-5a)

Parte II. Un ejemplo de la «mente de Cristo»

Capítulo cuatro: El ejemplo perfecto

(Fil. 2:5b-8)

Parte III. La «mente de Cristo» ¡aplicada!

Capítulo cinco: La «mente de Cristo» ¡produce alabanza!

(Fil. 2:9-11)

Capítulo seis: La «mente de Cristo» ¡produce esperanza!

(versículos seleccionados de Filipenses)

Apéndice

Prólogo:

por Jonathan Falwell

La iglesia bautista Thomas Road siempre ha sido ferviente en ayudar a las personas a entender qué significa vivir para Cristo. Fue la gran pasión de mi padre y es también la mía. Durante años, muchos sermones predicados desde el púlpito de la iglesia procuraron darle al oyente una visión de la mente de Cristo. Anhelamos de todo corazón que las personas lleguen a una íntima relación con Dios a través de un mayor conocimiento de Él. ¡Por eso me entusiasma tanto este flamante libro!

Estoy convencido de que Ben Gutiérrez es uno de esos hombres escogidos especialmente por Dios para un tiempo como este. Su capacidad para enseñar la Palabra de Dios y su consejo ministerial y reflexivo me alientan al saber que Dios está levantando a la siguiente generación de líderes que servirán unidos en la exaltación del Señor Jesucristo a través del ministerio de la iglesia bautista Thomas Road. A Ben Gutiérrez lo apasionan las mismas cosas que a mí en la búsqueda de la guía del Señor en el ministerio.

Cuando pienso en el aporte de Ben al cuadro general de la iglesia y en su genuina pasión porque la gloria de Dios se manifieste en todo lo que hacemos en este ministerio, no puedo menos que pensar en Filipenses 2:20-22, cuando el apóstol Pablo se refirió a su colega Timoteo:

Pues no tengo a nadie con ese mismo ánimo, y que con tanta sinceridad se interese por ustedes. Porque todos buscan su propio interés, y no lo que es de Cristo Jesús. Pero ya conocen los méritos de él, que ha servido conmigo en el evangelio como sirve un hijo a su padre.

La mente de Cristo refleja nuestra pasión por una enseñanza bíblica significativa junto a la aplicación práctica, lo cual ha hecho crecer, además de

capacitar, a la membresía de la iglesia bautista Thomas Road y a miles de creyentes de todo el mundo durante estos últimos 51 años. Como pastor, he visto demasiadas familias desintegradas, demasiadas rupturas matrimoniales, demasiadas iglesias divididas... y todo debido a que las personas no se toman el tiempo para escudriñar las Escrituras y aprender cómo conocer y alcanzar la mente de Cristo. Todo el que desee crecer en su fe y en la obediencia a Dios como creyente en Jesucristo, y anhele servir en los ministerios de su iglesia local conforme a la Palabra de Dios, se beneficiará con la lectura de este libro.

Que puedas crecer en el entendimiento de la carta a los Filipenses al meditar en sus enseñanzas. Es mi oración que te comprometas a leer este libro. Y al hacerlo, anhele que, cada tanto, hagas una pausa para elevar alabanzas a nuestro Señor Jesucristo que nos permite desarrollar la verdadera mente de Cristo.

Jonathan Falwell

Pastor principal

Iglesia Bautista Thomas Road

Prefacio

Para muchos, Filipenses es el libro más positivo y alentador de toda la Biblia. Las palabras de Pablo son personales y vehementes mientras, al mismo tiempo, desafían al lector a cultivar un nivel creciente de intimidad con Dios. En consecuencia, esta carta ha sido el centro de meditaciones, lecciones de la Escuela Bíblica Dominical, sermones y cursos en seminarios y facultades.

La carta a los Filipenses contiene varios versículos «populares». Muchos cristianos los han memorizado y adoptado para la vida. Algunos son:

Filipenses 1:6

Estoy persuadido de que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

Filipenses 1:21

Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.

Filipenses 1:29

Porque, por causa de Cristo, a ustedes les es concedido no sólo creer en él, sino también padecer por él.

Filipenses 3:10

A fin de conocer a Cristo y el poder de su resurrección, y de participar de sus padecimientos, para llegar a ser semejante a él en su muerte.

Filipenses 3:14

¡Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús!

Filipenses 4:4

Regocíjense en el Señor siempre. Y otra vez les digo, ¡regocíjense!

Filipenses 4:6-7

No se preocupen por nada. Que sus peticiones sean conocidas delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias, y que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Filipenses 4:13

¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!

Encontramos muchos versículos valiosos en la carta a los Filipenses, pero ninguno tan conocido como:

Filipenses 2:5

Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.

Este último versículo parece resaltar, en medio de estos preciados pasajes, como

aquel en el cual se basan todos los demás. Los 104 versículos que conforman los 4 capítulos de la carta a los Filipenses brindan ejemplos, descripciones y enseñanzas para que el lector descubra cómo desarrollar y vivir con la mente de Cristo. (NVI, LBLA y NTV traducen «el mismo sentir» por «actitud» y DHH, NBLH y TLA, por «manera de pensar»). Una vez comprendido qué es exactamente la mente de Cristo o la manera de pensar de Cristo, el lector es animado de múltiples maneras, con ejemplos y directivas sobre cómo vivir con la mente de Cristo en el hogar, en sus relaciones y en el cuerpo de Cristo.

Resulta lógico que Filipenses enseñe que el lector que desee conocer la mente de Cristo debe primero conocer la persona de Jesucristo. Desear actuar como Cristo antes de tener una relación personal con Él sería como anhelar los beneficios de la ciudadanía sin siquiera solicitarla. ¡Por eso el título o el nombre de Jesús aparece 51 veces en estos 104 versículos!

Recién cuando reconoces que Jesucristo es Dios mismo encarnado, que vivió sin pecado, que Su muerte en la cruz es el único sacrificio capaz de pagar nuestras culpas y que resucitó físicamente; cuando te arrepientes de tus pecados y le pides al Señor Jesús que te limpie y sea tu Salvador, RECIÉN ENTONCES tendrás la posibilidad de recibir el beneficio de poder vivir con la mente de Cristo.

Pido a Dios que al leer este libro puedas cultivar un reconocimiento más profundo del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo y que al tener el mismo sentir, la misma actitud y la manera de pensar de Cristo, le des a Él todo el honor y la gloria. Esto servirá no solo de testimonio a aquellos que no conocen al Señor Jesucristo sino que también contagiará a los que ya lo conocen personalmente. Y a través de tu testimonio, muchos anhelarán sumarse y además ¡vivir con La mente de Cristo!

Afectuosamente,

BEN GUTIÉRREZ

Introducción:

«¿Por qué tanta confusión?»

Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.

Filipenses 2:5

¡Puedes conocer la mente de Cristo!

¡Hay pasos concretos para descubrir y aplicar la mente de Cristo en la vida cotidiana!

Es más, ¡puedes descubrir cómo vivir con La mente de Cristo antes de terminar de leer este libro!

¡Puedes incluso enseñar a otros a vivir con La mente de Cristo!

¿No te parece un argumento de venta «demasiado bueno para ser verdad»? No lo es. ¡Porque es verdad! ¿Cómo puede alguien hacer tamaña declaración? Por cierto, sería inalcanzable e imposible si enseñarte a vivir con la mente de Cristo dependiera de un simple mortal. Sin embargo, afortunadamente, ¡la Palabra de Dios nos brinda una enseñanza clara y simple para que todos podamos saber cómo vivir con La mente de Cristo!

La mente de Cristo no es un misterio incomprensible. Dios no juega a las escondidas con Sus instrucciones sobre este tema. La mente de Cristo no es un juego cósmico de adivinanzas, parcialmente oculto de la vista para que tú, como buscador diligente y optimista, puedas descubrirlo antes de que sea demasiado tarde. Dios lo muestra clara y abiertamente en la carta a los Filipenses para que Sus hijos puedan ser uno con Él.

¿Por qué no hay más personas que vivan conforme a la mente de Cristo?

Siempre me intrigó saber por qué muchas personas no viven conforme a la enseñanza bíblica de la mente de Cristo. Quizás algunos jamás reconocieron los beneficios de conocer la mente de Cristo. O tal vez sea el resultado de escuchar sermones sobre el tema, bienintencionados pero faltos de información. En consecuencia, muchos posiblemente conviertan su búsqueda de la mente de Cristo en algo mucho más complicado de lo que es en realidad. Es una pena, ya que la Biblia es clarísima al darnos instrucciones sobre cómo tener la mente de Cristo. Esta clara enseñanza se encuentra en las páginas de la carta a los Filipenses.

¿Cuáles son algunos de los errores generalizados sobre la mente de Cristo?

Error 1: Solo una «elite espiritual» puede desarrollar la mente de Cristo.

Pasé muchos años creyendo que los únicos que verdaderamente podían entender la mente de Cristo eran los escritores de las Sagradas Escrituras o los sabios y respetados líderes de la iglesia que predicaban desde el púlpito cada domingo por la mañana. Mi idea equivocada era que los apóstoles o los líderes actuales semejantes a estos eran los únicos que podían llegar a captar qué es la mente de Cristo. ¿Por qué caí en este error tan común? Probablemente porque estas personas parecían saber bien qué decir, tenían la respuesta correcta para todo en la vida y jamás cometían un error. Personificaban un nivel de disciplina que me resultaba envidiable y a la vez inalcanzable. En consecuencia, yo concentraba

toda mi atención en observar los ejemplos humanos que me proveyeran una enseñanza exhaustiva de la mente de Cristo.

Mi error era estar convencido de que primero debía llegar a la estatura espiritual de estos grandes personajes para poder alcanzar la mente de Cristo. Me equivoqué al no basar mi enfoque en la definición que Dios hace de la mente de Cristo, y que hallamos en la carta a los Filipenses.

Error 2: La mente de Cristo es un cliché genérico y ambiguo que no puede ser específicamente definido y mucho menos explicado o aplicado.

Este error sobre la mente de Cristo traslada el péndulo de nuestro pensamiento al extremo opuesto en comparación con el error 1. En vez de pensar que solo unos pocos elegidos pueden entender y alcanzar la mente de Cristo, algunos creen que es imposible siquiera conocer de qué se trata, porque les parece difícil de definir.

Este error aparece cuando se aplica Filipenses 2:5 en un sentido demasiado general. Se suele citar este versículo como guía a los que piden orientación sobre qué hacer en determinada situación. A muchos se los alienta a preguntarse: «¿Estoy teniendo la “mente de Cristo” en esta situación?» como medida para guiar sus decisiones y reacciones. Muchos pastores, entre los que me incluyo, hemos sido culpables de replegarnos en la oficina pastoral para aconsejar a un miembro de la congregación, brindar orientación basada en la Palabra de Dios, pronunciar una oración y luego cerrar el encuentro con el siguiente consejo: «Ten la mente de Cristo en esta situación». He recibido este consejo por parte de varios líderes laicos y cristianos bienintencionados a modo de consuelo en un momento de dificultad. No obstante, he notado que cuando la mayoría aconseja a alguien: «Ten la mente de Cristo», lo que realmente quiere decir es: «Escucha, deja que los principios divinos te guíen en cualquier decisión, pensamiento o acción que lleves a cabo en referencia a tu situación». Pareciera que muchos cristianos creen que la enseñanza de Filipenses 2:5 («tener el mismo sentir o la manera de pensar que tuvo Cristo») es sinónimo de: «¿Qué haría Jesús?». En esencia, suele no ser más que una muletilla.

Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es un consejo equivocado? ¿Es inadecuado alentar a alguien a buscar los principios divinos para orientar sus acciones ante cualquier situación? ¡Para nada! El consejo que he dado y recibido es sensato y

bíblico. Alentar al creyente a «permitir que los principios divinos dicten los términos en cualquier decisión, pensamiento o acción cualquiera sea la situación» honra y agrada a Dios. Es más, yo sigo dando el mismo consejo a muchos miembros de la iglesia, a otros creyentes, a mi familia e incluso a mí mismo. «¿Qué haría Jesús?» es un maravilloso consejo que nos enfoca hacia los altos estándares de Cristo y aclara con términos sencillos y concisos el objetivo de todo creyente: ser como Cristo.

Entonces, ¿cuál es el problema de aplicar Filipenses 2:5 en el mismo sentido? Es que cuando Pablo escribió las palabras de este pasaje («Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús»), jamás quiso que se aplicaran en sentido general. No era su intención que estas palabras fueran una declaración global para aconsejar en toda situación ni para aplicar ante cada decisión en la vida del creyente. Pablo tenía una aplicación mucho más específica en mente cuando escribió estas palabras. ¡Muy específica!

Entonces, ¿qué es la mente de Cristo y cómo puedo aplicarla ya mismo a mi vida?

Este libro explicará con términos claros y simples exactamente lo que la carta a los Filipenses enseña sobre la mente de Cristo, y cómo vivir esa realidad con tus amigos, tu familia y la iglesia. Con la Biblia abierta y un espíritu dispuesto, podrás iniciar un apasionante viaje espiritual que no solo te instruirá en las enseñanzas de la carta a los Filipenses, sino que también te brindará sabios consejos y orientación para aplicar la mente de Cristo a tu vida, tus relaciones y tu ministerio.

Antes de iniciar esta travesía espiritual, te animo a elevar la siguiente oración a Dios:

Una oración

Señor,

Me presento ante ti con el deseo de tener la mente de Cristo. Lo que más anhele es honrarte con toda mi vida. Por eso, limpia mi corazón para que esté puro y preparado para recibir tu Palabra. Despierta mi mente para recibir estas verdades. Líbrala de vagar sin rumbo, y ayúdame a estar concentrado y atento a lo que vas a enseñarme en este libro. Estoy listo para que me lleves por este recorrido espiritual.

¡Anímame con tu Palabra! Que mi corazón sea receptivo a tus delicadas, amorosas y terapéuticas palabras. Y que al estudiar tu Palabra, pueda ser cada vez más una vasija fiel y útil en tus manos. Me someto al escrutinio de tu Santa Palabra porque sé que todo lo que proviene de ti es de parte de un Dios que me ama de manera inimaginable.

Te amo, Señor. Amén.

PARTE 1

¿QUÉ ES CON EXACTITUD LA «MENTE DE CRISTO»?

Capítulo uno

Una mentalidad tripartita

Unidad

Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás. Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.

Filipenses 2:2-5

Cuesta creer que un cristiano que quiera realmente crecer en su vida cristiana no desee saber qué es la mente de Cristo. Qué bueno que la Biblia nos brinde una explicación clara, simple y fácil de comprender sobre este tema. En este capítulo, explicaré exactamente cómo podemos conocer y comprender la «mente de Cristo». Luego de buscar en la Biblia para descubrir con exactitud a qué se refiere con esto, quisiera aplicar directamente estas enseñanzas bíblicas a nuestro corazón para que nos ayuden a desarrollar la mente de Cristo en nuestra familia, nuestras relaciones y en el cuerpo de Cristo.

La explicación de la mente de Cristo se encuentra en Filipenses 2:2-5. En las páginas siguientes, descubriremos algunos conceptos simples pero profundos sobre cada versículo, que no solamente te informarán sobre el tema sino que te brindarán instrucciones específicas, prácticas y transformadoras. Cuando acabemos nuestro recorrido por este pasaje tan precioso y cargado de contenido, estoy seguro de que nuestro corazón estallará en alabanza y gratitud a Dios por Su clara dirección sobre cómo tener la mente de Cristo.

La mente de Cristo es una actitud

Filipenses 2:5 dice: «Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús». Cuando Pablo escribió este versículo en su idioma, escogió una palabra muy particular para «sentir» (actitud o manera de pensar en otras versiones bíblicas). En este caso, se refiere a una «actitud» o «pensamiento». Por lo tanto, la mente de Cristo no es un mero credo, ni una teoría ni una fórmula, ¡sino una actitud!

Resulta interesante notar que Pablo no usó este vocablo con frecuencia en sus escritos bíblicos. Es más, si leyeras todas las cartas de Pablo en el Nuevo Testamento (de Romanos a Filemón; un total de 13 cartas) y contaras cuántas veces aparece esta palabra, descubrirías que la usa solo 23 veces. Más interesante aún es que 10 de ellas están ¡en esta breve carta a los Filipenses de apenas 4 capítulos! Casi la mitad de todas las veces que Pablo hace referencia a la actitud del creyente se encuentra en los 104 versículos de este pequeño libro. Esto significa que 1 de cada 10 versículos de la carta a los Filipenses habla sobre la actitud del creyente. Del mismo modo, ¡la mente de Cristo es una actitud!

La mente de Cristo es una acción

La palabra sentir no es la única para «actitud». Resulta interesante saber que cuando Pablo escribió estas palabras, escogió la forma verbal en vez del sustantivo. Esto significa que, para Pablo, la mente de Cristo no es un concepto sino una acción. La mente de Cristo no es un simple concepto a comprender; es algo que hay que hacer, que vivir, que demostrar. Sabiendo esto, debemos entender Filipenses 2:5 como una enseñanza para poner en práctica la mente de Cristo. Hay que interpretar el versículo de esta manera: «Ten esta actitud que tuvo Cristo Jesús» u «Ocúpate de esto como Cristo lo hizo».

Este punto es importante porque si dices tener la mente de Cristo pero no exhibes una vida que refleje esta actitud en acción, nadie te creerá. Esta verdad

se puede ver a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Santiago declara: «¡No seas tonto! ¿Quieres pruebas de que la fe sin obras es muerta?» (Sant. 2:20). Esto significa que las obras no salvan el alma, pero la salvación produce un cambio en la vida de la persona. Apocalipsis 2:2-4 nos habla de un grupo de creyentes que conocía muchos hechos, a muchas personas y sabía de doctrina cristiana pero que no ponía sus creencias por obra. «Yo conozco tus obras [...] pero [...] has abandonado tu primer amor». Ya en los tiempos de Jesús, los judíos no garantizaban tu salvación (que creyeras sinceramente en Jesús), si no respaldabas tus palabras con acciones. Por lo tanto, queda bien en claro que la mente de Cristo no es un simple credo, una teoría ni una fórmula. La mente de Cristo es una acción.

La mente de Cristo afecta tu forma de pensar

Como señalé antes, la palabra sentir en el v. 5 significa «actitud» o «pensamiento». Cuando la Biblia indica: «Que haya en ustedes el mismo sentir», implica que si deseas tener la mente de Cristo debes cambiar también tu forma de pensar. En otras palabras: no intentes ganar espiritualidad por otro medio que no sea la renovación de tu mente. Tener la mente de Cristo comienza con un cambio total de mentalidad.

Pareciera elemental y hasta ridículo abundar en este tópico sensato y razonable, pero si piensas en las distintas formas en que la gente intenta cultivar su espiritualidad, este punto no solo se torna relevante sino necesario al referirnos a vivir con la mente de Cristo. Por ejemplo, algunos que desean adoptar la mente de Cristo tratan de mudarse de lugar geográfico para deshacerse del pecado y cambiar de vida. Es lamentable, pero a poco de haberse reubicado, su batalla contra el pecado parece encontrarlos allí también. Solemos escuchar excusas como: «Podría crecer espiritualmente si mis circunstancias laborales cambiaran»; «No tendría tantos problemas con el enojo si tuviera otro jefe»; «Si pudiera tener la profesión que me hiciera feliz, no sería tan gruñón al llegar a casa». Como puedes ver, muchos caen en soluciones desafortunadas e inútiles para producir espiritualidad en su vida. Intentan cambiar sus circunstancias en vez de cambiar las actitudes y los pensamientos firmemente arraigados sobre asuntos espirituales.

Recuerda este principio:

Las circunstancias jamás cambian el corazón. Pueden poner mucha o poca presión en quien toma las decisiones, pero solo constituyen el entorno en que ocurre el cambio de corazón. Las circunstancias no pueden cambiar el corazón.

Algunas circunstancias pueden facilitar que una persona cambie su corazón. Otras, añaden presión para que la persona permanezca en pecado; pero jamás podemos culpar a nuestras circunstancias por nuestra falta de espiritualidad. Recuerda que de la abundancia del corazón habla la boca (Luc. 6:45). Por lo tanto, si deseas adoptar la mente de Cristo en tu vida, debes hacer lo que la Biblia exige: confesar, arrepentirte y meditar en la Palabra de Dios para desarrollar la mente de Cristo con tu cónyuge, tu familia y en el cuerpo de Cristo.

Ahora que conocemos la naturaleza de la mente de Cristo, volvamos al pasaje de Filipenses 2:2-5 y veamos lo que nos enseña sobre qué es en realidad la mente de Cristo.

Cuando escuchamos la pregunta: «¿Qué es con exactitud la mente de Cristo?», buscamos una única respuesta. Sin embargo, pronto nos damos cuenta de que Filipenses nos enseña que hay tres actitudes unidas en la descripción de la mente de Cristo, y que no se trata de una actitud ni un modo de pensar en particular. Esto resulta evidente para el lector en los tres versículos que preceden al v. 5.

Filipenses 2:2-4

Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás.

Aun una lectura rápida de Filipenses 2:2-4 revela que se menciona una actitud en el v. 2, otra en el v. 3 y otra en el v. 4. Y estas tres actitudes confluyen en Filipenses 2:5: «Que haya en ustedes el mismo sentir [la misma actitud]...». Por lo tanto, la mente de Cristo es una mentalidad tripartita.

¿Y cuál es la importancia de este comentario? Es que la Biblia enseña que si deseas desarrollar la mente de Cristo, debes cultivar esta mentalidad tripartita. Dicho de otra manera, significa que no puedes tener la mente de Cristo si eliges adoptar solo una o dos de las tres actitudes. Debes incorporar las tres para estar seguro de tener la mente de Cristo. No tienes la opción de desarrollar solo las actitudes más simples e ignorar la que más te cuesta. Debes adoptarlas a todas.

La Biblia suele enseñar que una verdad tiene múltiples componentes. Por ejemplo, instruye al creyente en Gálatas 5:22-23 que adopte el «fruto del Espíritu». Y afirma:

Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley.

Vemos que la Biblia enumera nueve características necesarias que constituyen el fruto del Espíritu. Resulta significativo que cuando el apóstol Pablo escribió la palabra «fruto» en Gálatas 5:22-23, usó la palabra en singular para presentar la lista de nueve características del fruto del Espíritu. Entonces, entendemos que el fruto del Espíritu no es una lista de nueve características de las que tú, como creyente, puedes elegir. En cambio, es un fruto multifacético. Hay un fruto del Espíritu que consta de nueve características. Por lo tanto, si quieres afirmar que tu vida refleja el fruto del Espíritu, debes exhibir las nueve características que enseña Gálatas 5:22-23, y adoptarlas a todas.

Lo mismo ocurre con la mente de Cristo. Es una mentalidad tripartita. Tu mente debe cultivar tres actitudes para poder desarrollar la mente de Cristo. De modo que pasemos a analizar estas tres actitudes para aprender lo que conforma la mente de Cristo.

Actitud 1: UNIDAD

Filipenses 2:2

Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.

Hay cuatro expresiones en este versículo que claramente marcan un énfasis en la UNIDAD: «lo mismo», «el mismo», «unánimes» y «una misma». La unidad es una de las tres actitudes que conforman la mente de Cristo. De manera que si deseas tener la mente de Cristo en tu iglesia, tu hogar y tus relaciones, debes demostrar la unidad bíblica.

Surge un problema cuando le dices a alguien: «Si quieres tener la mente de Cristo, debes estar en unidad con tu familia, tus amigos y el cuerpo de Cristo». El problema es que se nos suele enseñar que debemos estar en unidad pero jamás se nos dice exactamente cómo o qué hacer para asegurarnos de que la unidad bíblica esté presente en nuestro hogar, nuestra vida y nuestro corazón. Lo cual nos lleva a la siguiente pregunta: «¿Cómo lo hago?». Son muchos los predicadores, los pastores y los líderes cristianos que nos alientan a «ser uno» sin darnos una idea tangible y práctica para concretarlo. Necesitamos una orientación clara y directa para que, al final del día, podamos saber que hemos vivido en unidad ante Dios. Por fortuna, la Palabra de Dios nos brinda una orientación clarísima para saber con exactitud cómo cultivar la unidad en tu corazón, tu hogar y la iglesia. Se encuentra en la última parte de este versículo.

Detengámonos a examinar Filipenses 2:2, ya que nos brinda una lista que podemos cumplir paso a paso y nos da la tan necesaria instrucción que, de cumplirla, nos permitirá aprender cómo cultivar la unidad bíblica.

Lista para la «unidad»

Fíjate en la expresión «sintiendo lo mismo». Esta es la principal orden del versículo. En síntesis, lo que nos ordena es que «seamos uno». Es un recordatorio dentro del versículo que nos dará nuestra «lista para la unidad». Las tres frases que siguen nos ofrecen una lista de tres puntos para la unidad, y describen tres acciones que cumple una persona en unidad. Si eres capaz de tildar las tres como logradas, puedes sentirte animado (para alabanza y gloria de Dios) al saber que estás viviendo conforme a la definición divina de unidad bíblica.

En la versión NBLH este versículo indica: «Hagan completo mi gozo, siendo del mismo sentir, conservando el mismo amor, unidos en espíritu, dedicados a un mismo propósito». Observemos las tres frases que describen acciones en este pasaje: 1) «... conservando el mismo amor», 2) «... [estando] unidos en espíritu», 3) «... dedicados a un mismo propósito». A continuación, se explica cada acción que produce la unidad bíblica.

Primera acción – Unidad en el afecto: «... conservando el mismo amor»

Esta acción es la primera de tres que verifican si un creyente lleva o no una vida bíblica de unidad. «Unidad en el afecto» es otra forma de decir que has hecho el firme compromiso de amar a otros más allá de las diferencias físicas o de personalidad. Es más, la palabra que el apóstol Pablo eligió para «amor» significa «compromiso total». Por lo tanto, una manera de saber que tenemos una vida de unidad bíblica es si tenemos el absoluto compromiso de:

Amar a las personas por lo que son

Amarlas aquellos días en que más nos cuesta

No nos sorprende que se requiera este nivel de amor para desarrollar la mente de

Cristo. Este le muestra al mundo que hemos sido transformados por el mismísimo amor de Dios. No podrás mantener este nivel de amor sin haber experimentado un cambio sobrenatural de mentalidad. No obstante, un cambio total de actitud hacia las personas, un reconocimiento de su valía y de cuánto aprecia Dios a Sus criaturas te capacitará para mantener este nivel de amor todo el tiempo.

Este amor incondicional fue expresado por Jesucristo mientras habitó en forma humana en este mundo, dándonos un ejemplo de cómo amar con tal profundidad. Las enseñanzas de Cristo enfatizan este nivel de amor los unos por los otros.

Juan 15:11-12 expresa: «Estas cosas les he hablado, para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo. Este es mi mandamiento: Que se amen unos a otros, como yo los he amado».

El sacrificio de Cristo en la cruz mostró que amó al mundo de manera incondicional.

Romanos 5:8 afirma: «Pero Dios muestra su amor por nosotros en que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros».

La salvación ofrecida por Cristo es una imagen eterna de Su constante amor por el mundo.

1 Juan 3:1a dice: «Miren cuánto nos ama el Padre, que nos ha concedido ser llamados hijos de Dios».

Amarnos los unos a los otros (la unidad en el afecto) da gloria y honor a Dios,

porque reflejamos la mente y el ejemplo de Cristo.

Segunda acción: Unidad en el espíritu: «... [estando] unidos en espíritu»

Además de unidad en el afecto, debemos asegurarnos de manifestar «unidad en el espíritu». Esta acción muestra la segunda de tres que verifican si un creyente está viviendo una vida bíblica de unidad.

La «unidad en el espíritu» es otra manera de decir que tienes un profundo compromiso de amar al otro al punto de llegar a ser «almas gemelas». Dicho de otra forma, esta acción requiere una unión tal que pueda compararse con cómo un cónyuge conoce en detalle a su pareja. Es más, esa expresión («unidos en espíritu» o «unánimes») surge de una sola palabra en el idioma del apóstol Pablo, que en aquella época se usaba para describir a dos personas sumamente apegadas, como almas gemelas.

En la actualidad, el mejor ejemplo de personas que se conocen a tal nivel de intimidad es un matrimonio. Cuando te casas, enseguida aprendes los hábitos de tu cónyuge, su patrón de conducta, lo que le gusta o disgusta, etc. Por ejemplo, cuando le anuncio a mi esposa que saldré a buscar algo para comer, ella me responde con las siguientes palabras: «Trae lo que sea». Como marido, sabes perfectamente bien que este pedido no significa que uno puede traer cualquier cosa. Por el contrario, significa que sabes qué le gusta comer en cualquier restaurante que visiten. Por eso, en mi caso, sé que si compro la cena en un restaurante de comidas rápidas, mi esposa preferirá una hamburguesa pequeña (sin cebolla ni pepinillos, pero con queso) con un té helado tamaño grande (no muy dulce y con limón). Si voy a un restaurante de comida mexicana, sé que debo pedir tacos (sin cebollín y sin vestigios de crema ácida, con una porción extra de tomate). Y por supuesto, ¡no podemos olvidar el té helado grande (no muy dulce y con limón)! Y si fuera a consumir algo de carne, debe estar bien cocida. (Es más, tengo que pedirlo así: «¡Quiero un bife BIEN COCIDO! Que no esté ROJO. Si tiene que abrirlo al medio, no importa, ¡con tal de que no esté ROJO!»). Todo esto significan realmente las palabras: «Trae lo que sea». No obstante, al atravesar la puerta, no necesito preguntarle qué quiere decir con «lo que sea» ni tengo que buscar papel y lápiz para anotar lo que desea, porque he

pasado años con ella y la conozco hasta el mínimo detalle.

También puedo dar fe de que un matrimonio no necesita demasiado tiempo para adquirir la habilidad de transmitir información importante e incluso detallada sin hacer uso de la palabra. Los cónyuges enseguida aprenden a usar expresiones faciales, gestos y gesticulaciones que les brindan una capacidad especial y única de comunicarse entre sí. La capacidad de interpretar el lenguaje corporal del otro viene de pasar tiempo con el cónyuge y prestarle atención en cada etapa de la vida. Si te resulta difícil creer que los matrimonios pueden desarrollar esta «telepatía marital», tan solo observa a cualquier pareja de más de un año de casados cuando finaliza el culto. Por lo general, se evidencia la telepatía marital cuando uno de los cónyuges prefiere quedarse y conversar mientras el otro quiere que todos suban al automóvil para regresar a casa. ¡Serás testigo de esta altamente efectiva forma de comunicación no verbal!

A un matrimonio no le lleva mucho tiempo interpretar las emociones, los pensamientos y los sentimientos del otro sin siquiera pronunciar palabra. ¿Cómo puede ser? Porque los esposos pasan tiempo juntos, conversan, comparten sus pensamientos y sentimientos, oran juntos. Y todo este tiempo que dedican a conocerse permite a la pareja anticipar lo que el otro está pensando o sintiendo, sin que importe la cantidad de palabras pronunciadas o siquiera si la persona está o no en la misma habitación. Este nivel de intimidad cultiva una preferencia por el otro. Si deseas conocer a otra persona, comenzarás a valorarla y a pensar en sus necesidades; y ministrará con deferencia hacia ella.

Es esta unidad en el espíritu la que corresponde a cada creyente, cada ministro y cada líder cristiano, para tomarse el tiempo de conocer a aquellos con quienes servimos. Debemos conocernos en profundidad para que cuando los que nos rodean pasen por un tiempo de dificultad, podamos percibir su estado de ánimo y preguntarles cómo están, en qué podemos ayudarlos y cómo podemos orar en forma específica. La unidad en el espíritu es comprometerse a poner el hombro y ayudarlos a llevar las cargas de la vida (como lo hacen los esposos) hasta que se sientan lo suficientemente fuertes como para llevar su propia carga.

Gálatas 6:1,2,5 ofrece una vívida imagen de un creyente que cae y otro que lo levanta y lo ayuda a llevar la carga hasta que el caído puede volver a llevarla solo.

Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, ustedes, que son espirituales, restáurenlo con espíritu de mansedumbre. Piensa en ti mismo, no sea que también tú seas tentado. Sobrelleven los unos las cargas de los otros, y cumplan así la ley de Cristo [...] porque cada uno llevará su propia carga.

Por lo tanto, si quieres saber si estás o no viviendo en un espíritu de unidad, debes preguntarte si has dedicado tiempo a conocer a las personas fuera del rato que comparten en la iglesia. Tienes que conocer los desafíos que tus amigos están enfrentando. Necesitas dedicar tiempo a hablar con los demás para escuchar en qué etapa de su vida están. Esto te ayudará a orar de manera inteligente por ellos. Necesitas pensar cómo puedes ayudarlos a llevar sus cargas, ya sea brindándoles asistencia física o quizás solo acompañándolos en su alegría o su dolor. Porque sin duda, esos mismos hombros serán los que acudirán para ayudarte a llevar tu carga cuando te sientas débil o herido.

Tercera acción: Unidad de propósito: «... dedicados a un mismo propósito»

Además de la unidad en el afecto y la unidad en el espíritu, debemos asegurarnos de demostrar también «unidad de propósito» con nuestros hermanos en el cuerpo de Cristo. Esta acción brinda la tercera pauta que certifica que un creyente está viviendo una vida bíblica de unidad.

La unidad de propósito significa que, en medio de las diversas personalidades y conjunto de habilidades de las personas de nuestra iglesia y ministerio, debemos asegurarnos de mantener el compromiso con el propósito o la razón por la que estamos en la obra o en un ministerio cristiano. En otras palabras, debemos concentrarnos en la razón por la que estamos sirviendo y permitir que la misión dada por Dios nos motive a hacer lo que sea necesario para asegurarnos de cumplir el propósito y que toda la gloria sea para Dios.

Estoy seguro de que si realmente crees en el propósito, la misión o la razón por la que estás sirviendo en una iglesia o ministerio, tú y aquellos con quienes sirves no definirán sus tareas basados en una descripción de funciones o en hacer aquello por lo que se les paga. Habrá un compromiso fuerte por asegurarse de

que se completen las tareas necesarias, por encima de cualquier definición de funciones o descripción formal de tareas. He observado que si tú y las personas con quienes sirves tienen unidad de propósito, descubrirán que piensan en el propósito fuera del lugar de trabajo, de la reunión organizativa o del culto. Cuando estén lejos de la iglesia o del ministerio, seguirán pensando qué más podrían hacer para cumplir mejor con la misión. Incluso pensarán qué cosas pueden mejorar para cumplir el ministerio mientras mantienen la «visión general» de cómo una idea o decisión afecta el todo.

Veamos un ejemplo: Digamos que un equipo ministerial itinerante ha terminado su tarea en una iglesia un domingo por la tarde y está a punto de partir para regresar a casa. Mientras empaican los últimos productos de su mesa de información, un adolescente se acerca y pide hablar con alguno de ellos sobre el «mensaje de salvación» que predicaron durante el culto. Un miembro del equipo comienza a mirar a los que están cargando las cajas en el autobús y lo que resta todavía cargar. También piensa en las largas horas de viaje que les espera y los compromisos que tendrán a la mañana siguiente. En ese momento, este hombre deberá decidir si la «unidad de propósito» prevalecerá sobre la comodidad personal. Muchos pensamientos cruzarán su mente: «¿Debo demorar a 40 personas en el autobús para ministrar a un adolescente al que probablemente no vuelva a ver jamás?»; «¿no podría este jovencito hablar con su pastor o su líder juvenil y plantearle sus dudas?». Estos interrogantes hacen que sea sencillo permitir que las razones egoístas lo persuadan para no hablar con el adolescente.

Sin embargo, si el miembro del equipo realmente vive la unidad de propósito, hará una de las siguientes preguntas: «¿Habría algo en mí o en mi equipo ministerial que hizo que este jovencito se sintiera cómodo para abrirse con nosotros aun cuando pudo aprovechar a cualquiera de los líderes cristianos de su iglesia?»; «¿no es acaso esta pregunta sobre la salvación la verdadera razón por la que somos un equipo ministerial itinerante?»; «¿no es este adolescente, en este momento crucial de decisión espiritual, el verdadero propósito de lo que hacemos?». Una persona que viva la unidad de propósito avisará a los del autobús que la partida se demora y que comiencen a orar por este adolescente mientras él se dedica a aprovechar al máximo esta oportunidad. ¿Por qué razón demoraría la partida de 40 personas para servir a un adolescente, y no se preocuparía por sus sentimientos al respecto? Porque hablar con ese adolescente es exactamente la razón por la que el equipo está en ese lugar.

La unidad de propósito hará también que trabajos largo y tendido en tu

ministerio. Sin embargo, saber que tus acciones contribuyen al cumplimiento del propósito de tu ministerio te motivará a no considerar este arduo trabajo como una carga. La Palabra de Dios alienta a todo el que se compromete a cultivar la unidad de propósito y se concentra en la obra de Dios, centrada en Cristo. En 1 Corintios 15:58, leemos: «Así que, amados hermanos míos, manténganse firmes y constantes, y siempre creciendo en la obra del Señor, seguros de que el trabajo de ustedes en el Señor no carece de sentido». Unidad de propósito no significa que todos los que trabajan en un equipo necesitan ser exactamente iguales ni tener las mismas preferencias o personalidad. La Biblia nos ordena tener «unidad de propósito», no «uniformidad de personalidad». No obstante, dentro de esta diversidad, estaremos unificados en el conocimiento de que nos sumamos a los que nos rodean para cumplir tanto el propósito del ministerio como la voluntad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Resumen

Adoptar la mente de Cristo no se trata de la cantidad de versículos bíblicos que se memoricen ni los años de asistencia perfecta a la Escuela Dominical. La prueba de que tienes la mente de Cristo es que infundas la mentalidad tripartita que se enseña en Filipenses 2:2-4. La primera de las tres actitudes es: «Unidad» (v. 2).

Si deseas comprobar que vives conforme a la mente de Cristo, primero debes preguntarte si estás viviendo en unidad. Podrás tener esta certeza si manifiestas los puntos enunciados en la «lista de unidad» de más arriba, según Filipenses 2:2: unidad en el afecto, unidad en el espíritu y unidad de propósito. Si eres capaz de tildar cada una de estas acciones como cumplidas, podrás alabar al Señor porque estarás viviendo una vida de unidad según la Biblia.

La unidad puesta en práctica

Escoge a alguien con quien tengas contacto regular y pregúntale cómo le va,

cómo está su familia, algo sobre sus pasatiempos o sobre lo que le gusta hacer. Descubre si está por iniciar algo que realmente lo entusiasme o lo preocupe. Si es algo emocionante, dile que estarás orando para que todo salga bien. Si enfrenta una situación que lo preocupa, dile que estarás pensando en ello y que por la noche elevarás una oración a su favor.

Unos días más tarde, pregúntale a la persona cómo marcha su situación. Hazle preguntas específicas, no por entrometido sino para demostrar auténtico interés en el asunto.

Busca otra persona para interactuar mientras planificas para la semana siguiente una segunda visita a la primera. Hazlo con el firme propósito de conocer a las personas en profundidad.

Intenta relacionar a estas dos personas con otras dos que conozcas, con el fin de crear un grupo de amistad. En toda interacción, recuerda que la razón central no es aumentar tu círculo de amigos sino atraerlos a Cristo. Por lo tanto, sé sabio al dialogar para hacer referencia a temas o pensamientos espirituales. Ofrecete a orar por ellos al despedirse. Cuéntales que has estado estudiando Filipenses 2 y que te ha recordado lo valiosos que son ellos para ti y para tu crecimiento espiritual.

Lee este capítulo de unidad bíblica con tu grupo de discusión y continúa el debate en tu grupo de estudio bíblico. Intenten relacionar las enseñanzas de este capítulo con otras porciones de la Biblia que también hablan de la importancia de cultivar la unidad en la vida del creyente.

Una oración

Señor,

Te alabo por la claridad de tu Palabra. Te pido que me ayudes a cambiar mi actitud para poder tener una vida de unidad según la Biblia. Te ruego que me ayudes a tener la perspectiva correcta para lograr una actitud de alabanza y

gratitud, y anhelar ser como tú. Ayúdame a manifestar esta nueva actitud en cada área de mi vida. No quiero ser un observador sino un participante activo de este recorrido junto a ti. Dame discernimiento para percibir y desear la unidad entre mis hermanos en Cristo. Deseo amarlos como tú me amas. Ayúdame a comprobar «¡Qué bueno es, y qué agradable, que los hermanos convivan en armonía!» (Sal. 133:1).

Jesús, te amo.

Amén.

Capítulo dos

Una mentalidad tripartita

Humildad

Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás. Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.

Filipenses 2:2-5

En el capítulo 1, observamos que la simple lectura de Filipenses 2:2-5 revela que la mente de Cristo es en realidad una mentalidad tripartita. Una de las actitudes se menciona en el v. 2, otra en el v. 3 y la tercera, en el v. 4. Y estas tres actitudes confluyen en Filipenses 2:5 : «Que haya en ustedes el mismo sentir [actitud]».

Aprendimos que no es raro que la Biblia enseñe que cierta verdad tiene múltiples componentes. Mencionamos Gálatas 5:22-23 como ejemplo de cómo la Biblia se refiere al «fruto» del Espíritu cuando, en realidad, enuncia nueve características que lo conforman. Luego, notamos que el fruto del Espíritu no es una lista de nueve características que tú, como creyente, puedes elegir y seleccionar; sino que es un fruto multifacético. Hay un solo fruto del Espíritu compuesto por nueve características.

Lo mismo ocurre con la mente de Cristo. Es una mentalidad tripartita. Estas actitudes deben cultivarse en nuestro interior para que seamos capaces de desarrollar la mente de Cristo. En el capítulo anterior, observamos que la primera de estas tres actitudes es la «unidad», según se desprende de Filipenses 2:2. En

este capítulo, analizaremos la segunda actitud que compone la mente de Cristo. La hallamos en Filipenses 2:3.

Actitud 2: Humildad

Filipenses 2:3 «No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo».

Al igual que la enseñanza sobre la unidad en Filipenses 2:2, este versículo muestra de manera explícita cuál es la segunda actitud que conforma la mente de Cristo. El término «humildad» surge del uso que el apóstol Pablo hace de una palabra que literalmente significa: «pensamiento humilde», «con mentalidad o actitud humilde». Resalta con claridad en este versículo que la humildad es la segunda de las tres características que conforman la mente de Cristo. Por lo tanto, si quieres desarrollar la mente de Cristo en tu iglesia, tu hogar y tus relaciones, debes también demostrar la actitud de humildad bíblica.

Al estudiar este versículo, nos parecerá que estamos sentados a los pies de un creyente sabio y experimentado quien, de la riqueza de una amplia experiencia de vida probada con el tiempo, nos proporciona un valioso consejo para mantener una verdadera humildad bíblica. Y así como un amigo confiable te protege de posibles daños, la Biblia nos muestra cómo evitar caer y dejar de llevar una vida que manifieste la humildad bíblica.

Una buena manera de estudiar este versículo es analizar primero todo lo que está antes de «humildad» y luego recién enfocarse en la segunda parte, ya que el versículo tiene un formato ordenado y lógico. La primera mitad del versículo ofrece dos «actitudes pecaminosas» que, de estar presentes en tu vida, impedirán que desarrolles una actitud de humildad. Luego de identificarlas, el versículo recomienda una actividad espiritual que evitará que el orgullo crezca en nuestra vida.

Dos actitudes pecaminosas

Filipenses 2:3a

«No hagan nada por contienda o por vanagloria...»

La primera parte de este versículo no admite la presencia de estas actitudes en el corazón de una persona humilde. No hay ninguna excepción para esta orden. No hay negaciones sobre el asunto, ni posibles compromisos. No hay límite seguro para estas actitudes en el corazón de un creyente. Además, no existen circunstancias imaginables que justifiquen estas actitudes en cualquier acción, deliberación o proceso de decisión en la vida del creyente. Por eso, el versículo señala que no hagamos «nada» por ninguna de estas dos actitudes. Es más, cuando el apóstol Pablo escribió estas palabras, usó una doble negación en la misma oración. El versículo enfatiza que no podemos tener estas actitudes pecaminosas en nuestra vida si deseamos desarrollar la mente de Cristo.

Actitud pecaminosa nº 1: un corazón que se promociona a sí mismo - «contienda»

«Contienda» («egoísmo» LBLA; «rivalidad» DHH) implica hacer algo con el único propósito de promocionarse a sí mismo y no darle la gloria a Dios. El término que escogió el apóstol Pablo era usado por los políticos que iban de pueblo en pueblo buscando el voto de la gente. Por cierto, hay razones para hacerlo cuando se acercan las elecciones, pero este tipo de conducta no puede existir en el cuerpo de Cristo.

De ahí que Filipenses 2:3 enseñe que si deseas ministrar con actitud humilde, no puedes bajo ningún concepto buscar promocionarte. En lo personal, creo que quienes buscan promoción en el ministerio sobresalen lastimosamente. No hace falta demasiado discernimiento para detectar a alguien que quiere sobresalir y destacarse entre los demás. Más allá del tacto, las habilidades, la gentileza, la

actividad espiritual o la jerga que use esta clase de individuo, por lo general su motivación se hace evidente.

¿Por qué los que se autopromocionan terminan haciéndose notar? Porque comienzan por engañarse a sí mismos al creer que pueden disfrazar sus verdaderas motivaciones, pero no lo logran. Y ya no importa toda la cuidadosa planificación, los preparativos ni el estudiado discurso de alguien así; termina por arrojar una sombra de duda en la mente de los espirituales. Recuerda, la Biblia está ligada a la «luz». Si te saturas con la Palabra de Dios, podrás discernir cualquier cosa que no pertenezca a ella. Aunque algunos pecados simulen transparencia y no proyecten sombra en presencia de la luz, la persona espiritualmente sensible será capaz de identificar cualquier detalle que produzca la más leve sombra.

Actitud pecaminosa n° 2: Ego inflado - «vanagloria»

«Vanagloria» significa «opiniones y elogios vacíos» del hombre. Cuando el apóstol Pablo escribió este versículo, utilizó una palabra compuesta que literalmente significa «gloria hueca» u «opiniones vacías». Esto significa que lo que produce un ego inflado o vanagloria es la continua dependencia de la hueca alabanza humana.

Todo creyente en Jesucristo debe cuidarse de prestar atención a las alabanzas del hombre cuando está ministrando en la comunidad de la iglesia, a la familia o a los amigos. Los pastores en particular pueden incluso llegar al punto de formular sus sermones según lo que producirán estos mismos elogios sobre los que advierte el versículo. Además, pastor, si comienzas a evaluar el éxito de tu sermón por la presencia o ausencia de elogios durante y después del mensaje, puede que no solo te engañes al pensar que Dios no obró en el corazón de las personas sino que te encontrarás volviendo a casa luego del culto en busca de una «mejor manera» de predicar que acarree más elogios. Mientras tanto, el Señor podría haberse manifestado secretamente pero con poder en el corazón de muchos en tu congregación. Sin embargo, cuando lo único que deseas es que la gloria del Señor sea alabada en tus acciones, resulta irrelevante que escuches o no las alabanzas.

Dios te sostendrá con Su aliento, que no es hueco ni efímero. ¿Cómo lo hace? ¡Al informarte de los resultados eternos! A Su tiempo, te enterarás de que un miembro de tu congregación aceptó a Cristo luego de reflexionar en lo que compartiste de la Palabra. Te enterarás de que un padre ha comenzado poco a poco a cambiar para convertirse en el líder espiritual de su hogar. Te contarán que un niño ha hecho en el colegio una elección que honra a Dios gracias a la obra divina a través de ti. ¡Estas son las recompensas eternas por las que trabajamos!

Si estas dos actitudes pecaminosas habitan en ti, no puedes suponer que vives conforme a la humildad bíblica; por lo tanto, eres incapaz de desarrollar la mente de Cristo. Ahora que hemos aprendido cuáles son las actitudes que la humildad bíblica no incluye, demos un vistazo a una protección bíblica que nos puede ayudar a mantener un espíritu humilde al desarrollar la mente de Cristo.

Protección bíblica

Filipenses 2:3b

«... Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo».

Esta última parte de Filipenses 2:3 ofrece una protección bíblica para quien desee desarrollar la actitud de la humildad. Está claramente expresada en el texto y no precisa mayores aclaraciones. Este versículo simplemente suma a la enseñanza anterior de que nuestra carne nos impulsará a la autopromoción y a hacernos sentir que somos mejores que los demás. Por eso, recomienda que si deseas vivir con una actitud humilde, cada vez que interactúes con alguien, pienses que esa persona es mejor que tú.

En esta frase hay una palabra clave para captar la realidad de esta salvaguarda. Observa la palabra «considerando». En el idioma del apóstol Pablo, esta palabra significaba «mejor» o «más importante». Por eso, a fin de mantener nuestra mente humilde y protegida de creerse «más santa que tú», deberíamos considerar

el tiempo en que interactuamos con otros como un privilegio y un honor; ¡y hacérselos saber! Una manera de demostrar esto es reconocer los logros y las fortalezas de los demás. Aunque tengas más títulos, más experiencia, más autoridad o una mayor aptitud para determinados temas, puedes concentrarte en los intereses del otro, en lo que lo apasiona y en sus fortalezas... NO por lástima sino con sincero reconocimiento.

Pablo puso en práctica este principio antes de recomendarlo en Filipenses 2:3b. Observa el primer versículo de Filipenses y cómo el apóstol comenzó esta carta:

Filipenses 1:1: «Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, junto con los obispos y diáconos».

Es interesante notar que se refiere a los destinatarios de esta carta por su título oficial de autoridad: «obispos» y «diáconos». Observa también la forma en que se dirige a sí mismo: «Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo». Lo más interesante es que Pablo no usa su título más frecuente y de mayor autoridad: «apóstol». Se refiere a sí mismo como «siervo». Exalta la posición que ellos tenían como líderes cristianos en la iglesia de Filipos y los aprecia como líderes espirituales mientras desenfatisa su rol en la iglesia. Con humildad, Pablo procedió así para quitar la atención de su persona. ¿Reconoció la gente la importancia de lo que Pablo hizo en Filipenses 1:1? No de inmediato. Sin embargo, cuando llegaron a Filipenses 2:3, estoy seguro de que hicieron una pausa y reflexionaron sobre la primera oración de la carta.

¿Por qué Pablo hizo esto? Porque no podía recomendar que otros hicieran algo que él no estaba dispuesto a hacer. En Filipenses 1:1 el apóstol puso en práctica lo que finalmente predicó en Filipenses 2:3. Del mismo modo, más allá de cuán perspicaz, elocuente y educado seas, o cuán acomodado o comprometido con el ministerio estés, debes mirar a los que te rodean tal como los ve nuestro Señor y Creador: como valiosas y preciosas creaciones de Dios. Y considerarlos de esa manera te ayudará a mantener una actitud de humildad.

El enemigo de la humildad es el orgullo

Es llamativo que esta sea la única actitud para la cual la Biblia ofrece una protección recomendada. Creo que se debe a que el orgullo es un pecado implacable que jamás descansa en su intento de disuadir nuestra atención de la gloria de Dios y volver nuestros ojos hacia el «YO». Génesis 4:7 nos recuerda que la tentación a pecar es engañosa y no da tregua cuando dice: «... si no lo haces, el pecado está listo para dominarte. Sin embargo, su deseo lo llevará a ti, y tú lo dominarás». El pecado aguarda agazapado junto a la puerta, esperando el momento oportuno para persuadirte a que te apartes de los caminos de Dios. Y si crees que no te afecta su astucia o que eres inmune a su influencia, ¡cuidado! No es un comentario positivo de tu destacada madurez espiritual sino una observación negativa sobre tu insensible discernimiento al haberte convertido en presa fácil del devastador poder de la carne manifestado en el orgullo. A veces, el diablo busca «hurtar, matar y destruir» (Juan 10:10) no por medio de algo físico —un cataclismo o un accidente catastrófico— sino a través de las sutiles aunque influyentes mentiras de la carne que a diario «batallan contra el alma» (1 Ped. 2:11). No es debilidad reconocer las protecciones diarias que debes implementar para protegerte contra la carne... ¡es sabiduría!

Los aplausos son adictivos. La autopromoción es como una droga porque, cuando pruebas los resultados de tus esfuerzos por alabarte, tu carne sucumbe ante la oportunidad de obtener más. Y una vez adicto al sabor del orgullo, deberás desechar tu calendario y planificar el final de tu ministerio porque Dios promete que detendrá el progreso de los orgullosos. La Biblia es clara en cuanto a esta promesa.

En Santiago 4:6b, la Biblia declara: «Dios se opone a los soberbios, y da gracia a los humildes». Observa que en este versículo dice que Dios «se opone» («resiste», RVR60) a los soberbios. En el mundo actual, esta palabra tiene diversos significados. Por ejemplo, cuando la gente inicia una dieta, tratan de «resistir» la tentación de ingerir determinados alimentos. Allí, «resistir» puede significar «ignorar los avances de» o «enojarse con». Entonces, ¿Santiago 4:6b enseña que Dios solo se enojará con los orgullosos o los ignorará? No. El orgullo es una ofensa mucho más seria para Dios como para que no haga algo al respecto.

Lo interesante es que cuando Santiago escribió este versículo, usó una palabra singular que significa «oponerse». Es más, Pablo toma prestado este término y lo

emplea en cuatro ocasiones en su descripción de la armadura de Dios en Efesios 6:10-14a. Observa las palabras marcadas en negrita en este pasaje. Cada una reemplaza a «resiste» (o «se opone») que se usó en Santiago 4:6.

Efesios 6:10-14a. Por lo demás, hermanos míos, manténganse firmes en el Señor y en el poder de su fuerza. Revístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan hacer frente a las asechanzas del diablo. La batalla que libramos no es contra gente de carne y hueso, sino contra principados y potestades, contra los que gobiernan las tinieblas de este mundo, ¡contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes! Por lo tanto, echen mano de toda la armadura de Dios para que, cuando llegue el día malo, puedan resistir hasta el fin y permanecer firmes. Por tanto, manténganse firmes...

Por lo tanto, Dios no ignorará a quienes ostenten una actitud orgullosa. No solo se enojará o se frustrará ante quienes actúen con orgullo. No se limitará a retenerles bendiciones, sino que «hará frente», «resistirá» al orgulloso. ¡Dios detendrá el progreso del orgulloso! Colocará una defensa para impedir cualquier progreso de quienes deciden ministrar con un corazón altivo. Las Escrituras están repletas de advertencias sobre este desenlace inevitable. A continuación, se enuncian algunos versículos que deberían grabarse en nuestro corazón para ayudarnos a desarrollar la mente de Cristo en nuestra familia, nuestras relaciones y nuestro ministerio:

Proverbios 16:18: «La soberbia precede al fracaso; la arrogancia anticipa la caída».

Gálatas 6:7: «No se engañen. Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará».

1 Corintios 5:6-7a: «No está bien que ustedes se jacten. ¿No saben que un

poco de levadura hace fermentar toda la masa? Límpiense de la vieja levadura...».

Recuerda este principio:

El orgullo es un arma que destruye la vida de las personas. No hace distinciones, y se volverá en tu contra tan pronto como le permitas ser tu compañero de ministerio. ¡El orgullo destruirá tu ministerio!

Es difícil saber por qué el Señor permite que algunos persistan en su orgullo e incluso sirvan como líderes cristianos. Sin embargo, de algo puedes estar seguro: llegará el día en que Dios se hará cargo del pecado de orgullo de cada persona. Por lo tanto, nuestros pensamientos y nuestra oración no deben enfocarse en la destrucción del orgulloso («Señor, cuando lo castigues, hazlo con ganas») sino en su restauración («Dios mío, dale la sabiduría para arrepentirse de su pecado antes de que lo lleve a su destrucción»).

Mi testimonio

Mi convicción personal es que todo ministro (sea músico, técnico, predicador o maestro) debe lidiar con el tema del orgullo en algún momento de su vida. Creo que debe haber un instante en que cada ministro decida de una vez y para siempre para quién será la gloria en su servicio. Es mi ruego que puedas decidirte pronto (y lo recuerdes con frecuencia) a rendir toda la alabanza, toda la gloria y todo el honor a Aquel que te ha capacitado para servir con habilidad e influencia. En mi caso, tuve que enfrentar el tema del orgullo en mi último semestre como estudiante universitario.

Recuerdo que estaba en el último semestre de mi carrera universitaria, ansioso por ingresar al seminario. Planeaba trabajar duro para terminar bien el año. Sin embargo, tenía la ansiosa mirada puesta en el día en que me graduara y comenzara a trabajar en el ministerio a tiempo completo. Me consolaba

pensando que todos mis compañeros estaban en lo mismo, ya que juntos soñábamos con el día en que nos dedicáramos de lleno al ministerio. Recuerdo una conversación en la cafetería que cambió para siempre mi perspectiva acerca de soñar con la tarea ministerial.

Mis amigos y yo nos sentamos en la mesa del bar y comenzamos a conversar sobre el ministerio. Imaginé una larga conversación «futurista» sobre el ministerio a tiempo completo, pero me sorprendió escuchar que cuatro de mis amigos habían hecho planes de entrar al ministerio en cuestión de un par de meses. Escuché con atención cómo uno de ellos comentaba que los cuatro habían conversado sobre su deseo de ministrar juntos y planeaban solicitar apoyo económico a una gran asociación denominacional para comenzar a plantar iglesias. Me quedé impactado con la novedad, pero a la vez entusiasmado al enterarme de estas nuevas alternativas. Entonces, prosiguieron contándome de qué se trataba. Comenzó como algo prometedor y que honraba a Dios, pero luego se tornó en algo que perturbó mi corazón. El planteo de mi compañero fue más o menos así (parafraseado y con los nombres cambiados):

Como siempre estamos juntos, se nos ocurrió una idea: «Si nos gusta estar juntos, ¿por qué no ministrar también así?». Entonces, decidimos servir todos juntos. Y observa lo siguiente: hemos notado que cada uno tiene dones en las principales áreas de ministerio. John es el mejor cantante de la universidad, así que puede encargarse de la alabanza. Ken es el mejor para los jóvenes, así que puede encargarse del ministerio con estudiantes. Steve es el mejor administrador que he conocido; puede ocuparse de las finanzas. Y todos dicen que soy el que mejor predica, así que puedo ser el pastor principal. ¡Qué equipo! ¿No? Además, nos enteramos de que no existen mega iglesias en Dakota, ¡así que saldremos de aquí con nuestro título e iremos a plantar la primera mega iglesia del estado! ¿Qué te parece?

Quedé perplejo. Creo que mi amigo continuó hablando, porque recuerdo escuchar el zumbido de la conversación como si fuera un sonido de fondo, pero creo no haber respondido a su pregunta. Mi mente se había quedado en la frase: «¡Iremos a plantar la primera mega iglesia del estado!». Me dirigí a mi dormitorio pensando: «¿Es correcto eso?»; «¿Cómo puede alguien predeterminedar

que levantará una mega iglesia?». Yo creía que Dios era el que determinaba esa clase de resultados. Luego, reflexioné en todos los que dieron crédito a sus planes y los elogiaron como si supieran, sin atisbo de duda, que Dios los bendeciría incluso más de lo que ellos esperaban. Al mismo tiempo, me preguntaba si mi reacción entumecida se debió a que todos parecían tener tan en claro su carrera futura mientras que yo no tenía idea de qué haría ni dónde ministraría. Deseaba tener su ambición pero sentía que había algo errado en su proceder. Estaba sumamente confundido.

Esa noche, recuerdo que permanecí en mi habitación estudiando. Mi compañero de cuarto se había ido, así que contaba con un tiempo a solas. No obstante, mi mente no estaba en lo que tenía que estudiar sino en la conversación que había escuchado unas horas antes. No tenía ánimo de salir con mis amigos ni tampoco de participar en alguna de las muchas actividades de fin de semana que organizaba la universidad. Solo quería permanecer a solas con mis pensamientos y con Dios. Creo que así, el Señor me confrontó con la importante pregunta que todo ministro debe formularse en determinado momento de su carrera: «¿Qué lugar ocupará el orgullo en mi ministerio?».

Recuerdo que repasé varias veces las palabras que había pronunciado mi amigo durante el almuerzo. Resonaban en mi mente una y otra vez e iban en aumento:

«¡Vamos a plantar la primera mega iglesia del estado!»

«¡Soy el mejor predicador!»

«¡Él es el mejor cantante!»

«¡Él es el mejor...!»

«¡Él es el mejor...!»

«¿Qué opinas, Ben?»

«¡Vamos a plantar la primera mega iglesia del estado!»

«¡VAMOS a plantar...!»

«¡Él es el mejor predicador!»

«¿Qué opinas, Ben?»

«¡Vamos a plantar una mega iglesia...!»

«¡Vamos...!»

«¡NOSOTROS vamos...!»

«¡NOSOTROS VAMOS...!»

«¡Dios no lo permita!», grité mientras caía de rodillas al piso y me inclinaba junto a la cama para clamar ante el Señor:

«¡Dios mío, ayúdame! ¡Sé que está mal pero igual estoy celoso de mis amigos porque pareciera que van a aventajarme! Mi carne, Dios mío, me tienta: “¿Por qué no tratas de unirte a su equipo?”. ¡Tantos van a hablar de ellos, a apoyarlos y a promocionarlos como ejemplo a seguir por todos los estudiantes! Ayúdame, Señor, porque mi carne afirma una cosa... pero mi espíritu está aterrado de siquiera decir que puedo hacer algo en mis propias fuerzas. ¡Dios, acalla mi carne! ¡Ayúdame a jamás hacer planes para mi vida que estén fuera de tu santa voluntad! Te lo ruego, Señor. Ayúdame a confiar en ti, porque mi carne hace que vea esto como algo bueno y me incita a descansar en mi propia sabiduría. ¡Ayúdame! A veces es difícil confiar en ti. Lo siento. ¡Ayúdame!»

Luego, jamás olvidaré la promesa que le hice a Dios:

«Señor, te haré una promesa. A partir de ahora, te prometo que trabajaré duro. Me esforzaré por demostrarte que en verdad quiero usar los dones que me diste para tu gloria. Y descansaré completamente en ti SI tú deseas levantarme. Si quieres levantarme, que así sea. Si no me permites ministrar ahora, que así sea.

Pero seguiré esforzándome por hacer lo mejor que pueda para tu gloria, y prometo descansar completamente en ti. Tú decidirás a qué niveles de influencia debería ser levantado».

Recuerdo que me incorporé del piso como si me hubieran quitado un enorme peso del corazón. Ya no sentía que debía preocuparme por monitorear el progreso de mis amigos ni intentar controlar el de los demás. Ya no sentía que debía comparar mi carrera con la de otra persona. Por primera vez en mi vida, me sentí seguro de dónde estaba en la voluntad de Dios. Descubrí que Su voluntad no dependía de saber dónde iría a trabajar o qué circunstancias específicas rodearían mi futuro ministerio. Claridad y paz vinieron a mi vida cuando confié en Dios y dejé de escuchar las mentiras que mi orgullosa carne me predicaba.

Una semana más tarde, Dios atrajo mi atención a un versículo que muchas veces me recuerda aquella noche de oración en mi cuarto. Es más, es raro que no lo cite en mi oración antes de predicar un sermón, dar una clase o una conferencia, porque siempre deseo escuchar esa verdad antes de predicar, enseñar, disertar o escribir sobre la Palabra de Dios. Inicio mis sermones, clases o devocionales citando 1 Corintios 2:4-5:

[Señor, te ruego que] ni mi palabra ni mi predicación se [basen] en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que [nuestra] fe [...] no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Trato de mantener esta oración siempre frente a mi vista. En cada salón de clases, cada vez que predico un sermón, en cada proyecto escrito... recuerdo que si mi meta es escribir o predicar para atraer la atención hacia mi habilidad o logro, mi sabiduría será defectuosa y mis palabras, débiles. Más aún, mi intento de impactar vidas y producir un cambio eterno será completamente inútil. Por el contrario, estoy persuadido de que si permito que la Palabra de Dios se destaque en mi discurso, si me hago a un costado y dejo que las verdades simples del evangelio queden expuestas, si decido que mis emociones, gestos y expresiones mientras predico nazcan de una profunda pasión por el tema y no por mera actuación ni para provocar una reacción emocional en las personas, ¡entonces veré a Dios mostrar Su poder transformador a través de mi vida!

Luego de aquella fatídica noche de oración, descansé en mis objetivos ministeriales sabiendo que: Dios lo sabe todo; levantará a quien ÉL desee levantar y me protegerá, así como guardará también mi testimonio y mis oportunidades de trabajo en Su ministerio, siempre y cuando yo le rinda a Él toda la gloria y la alabanza, y descanse en Su forma de cumplir la divina voluntad.

Cómo recibir o hacer un cumplido

Al tomar la decisión de hacer todo lo posible en tu ministerio para asegurar que toda la gloria, la alabanza y el honor sean para el Señor Jesucristo, sin duda intentarás distintas maneras de proceder con un espíritu de humildad. Al evaluar sinceramente cada área de tu vida, surgirá un interrogante que suelen hacerse quienes sirven en cualquier tipo de ministerio público: «¿Cómo debo recibir un cumplido sobre algo que he dicho o hecho en mi ministerio?». Hay maneras de responder ante el cumplido que dirigen la atención hacia Dios y las Escrituras.

Te animo a responder ante un cumplido preguntándole a la persona que lo expresa de qué manera el Espíritu Santo habló a su vida durante el sermón, la clase bíblica, el devocional, la oración o el mensaje. Cuando te hagan un cumplido, pregunta: «¿Qué te enseñó Dios durante la predicación?»; «¿qué dijo a tu corazón el Espíritu Santo mientras estudiabas la Palabra?»; «¿qué pasaje bíblico en particular te tocó de manera especial y por qué?». Cuando responda, dedica unos instantes a reflexionar en el versículo mencionado y tal vez puedas afirmar: «Sí, a mí también me impactó leer eso en la Palabra de Dios. Es un versículo hermoso, ¿verdad?»; «cuando preparaba este sermón, el Señor también me habló claramente sobre ese mismo punto. ¡Dios es bueno!». Esta clase de respuesta dirigirá la atención hacia Dios y las Escrituras, como debe ser.

A la inversa, si tú sientes aprecio por el ministerio de alguien y te sientes impulsado a agradecerle por la ardua labor y por su sensibilidad al Espíritu Santo al ministrarte a ti o a la iglesia, recomiendo que agradezcas como Pablo lo hizo en sus escritos. Por ejemplo, observa en los versículos que siguen las veces en que el apóstol «agradeció» a las personas:

Filipenses 1:3 «Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes».

Colosenses 1:3 «Siempre que oramos por ustedes, damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo».

1 Tesalonicenses 1:2a «Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes...».

2 Tesalonicenses 1:3a «Hermanos, siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes...».

PREGUNTA: ¿Cuántas veces agradeció Pablo a las «personas» en estos pasajes?

RESPUESTA: ¡NINGUNA!

La clave está en que dirigió toda la gratitud hacia el Dador de los dones espirituales, los ministros, los pastores y los amigos. Enseguida expresa: «¡Doy gracias a DIOS por ti!». Sin duda, todo ministro lleno del Espíritu disfrutará de escuchar un cumplido como: «Doy gracias a Dios por ti», de boca de uno de los miembros de la iglesia o de un amigo.

Por supuesto, no hay nada de malo con decir simplemente «gracias» a un amigo. Pero como estamos analizando el tema de las protecciones espirituales, te advierto que tu carne no descansa en su intento de buscar la oportunidad de infundirte una sensación de seguridad en ti mismo. Por eso, yo no me siento cómodo recibiendo muchas expresiones de agradecimiento luego de un sermón sin insertar el importante recordatorio de Aquel que es el dador de los talentos, las habilidades y los dones.

Falsa humildad contra verdadera humildad

¡Cuidado! Aun cuando respondas a un cumplido de una forma que redirija la atención a Dios, como Pablo agradecía, esto no resolverá todas las cuestiones con el orgullo en tu vida. Recuerda: no son las palabras de una respuesta las que reflejan la actitud de humildad sino el corazón tras esas palabras. Puedes pronunciar la misma frase pero atraer la atención a ti en vez de a Dios.

¿Cómo distingues entre la falsa y la verdadera humildad? Las palabras con falsa humildad suenan humildes en la superficie, pero por debajo, atraen la atención hacia la persona y no hacia Dios. La verdadera humildad, por otro lado, puede utilizar las mismas palabras de manera tal de desviar cualquier elogio que solo encendería el orgullo y redirigir toda la atención hacia Dios. Reconozco que es un desafío describir por escrito esta delgada línea, pero creo que si alguna vez has lidiado con el orgullo carnal, podrás identificar esta línea y la necesidad de diariamente (a cada instante) hacer morir los deseos de la carne (Rom. 8:12-14).

Resumen

Al adoptar la mente de Cristo, debes inculcar una mentalidad tripartita, según lo enseña Filipenses 2:2-4. La primera de estas tres actitudes es la «unidad» (v. 2). La segunda es la «humildad» (v. 3).

Para poder estar seguro de que vives con humildad bíblica, debes primero examinar tu vida y asegurarte de que hayan sido erradicadas dos actitudes pecaminosas: un corazón que se autopromociona y un ego inflado. Estas se eliminan por medio de la confesión y el cuidado en guardarte de robarle la gloria a Dios.

Para poder mantener una actitud humilde, debes ser consciente del daño que el orgullo puede producir en tu vida y ministerio. «El orgullo no tiene favoritos» y se apoderará de ti si abres tu corazón a sus mentiras. Se dedicará a destruir tu testimonio. Por lo tanto, tu enfoque debe estar en lo que brinda recompensa eterna y gloria a Dios. Al seguir las enseñanzas de Filipenses 2:3 sobre la humildad, puedes alabar al Señor por haberte provisto de una orientación perfecta a través de Su Palabra para reconocer si vives una vida en humildad

bíblica.

La humildad puesta en práctica

Antes de dar un sermón, un devocional, una lección bíblica o un consejo a un amigo, siempre examínate primero. Esto significa que, antes de presentar una verdad de la Palabra de Dios, dediques un tiempo a orar así: «Señor, estoy por transmitir esta verdad de tu Santa Palabra. Por favor, AYÚDAME a ser consciente de mi propia debilidad. Ayúdame a ser el PRIMERO en aplicar las enseñanzas de tu Palabra. Mantenme sensible a tu Palabra».

Examina tu vida con regularidad. Pronuncia la oración de autoexamen que encontramos en el Salmo 139:23-24: «Señor, examina y reconoce mi corazón: pon a prueba cada uno de mis pensamientos. Así verás si voy por mal camino, y me guiarás por el camino eterno».

Si mientras te examinas, Dios responde a tu oración y expone algún «mal camino», no dejes que pase ni un minuto sin revisar adónde y cuándo fallaste en esa área. Luego confiesa tu pecado a Dios y dile exactamente lo que estás haciendo para protegerte de volver a caer en ese pecado. Esa medida de seguridad debería incluir la meditación en las Escrituras. No dejes de implementarla de manera inmediata.

Durante esta semana, intenta iniciar tantas conversaciones como puedas sobre temas espirituales. Trata de no polemizar ni debatir, sino de escuchar cómo las verdades de Dios hablan al corazón de tus amigos, de tu familia y de otros creyentes. Simples charlas sobre cuestiones espirituales básicas suelen producir en el corazón de los participantes el deseo de repetirlas una y otra vez. Por ejemplo, puedes preguntarle a alguien: «¿Cuál es la característica de Dios que más te consuela y por qué?»; «¿Qué recuerdas de la predicación del domingo (o de la clase bíblica, devocional, etc.) que, por alguna razón, el Espíritu Santo repite una y otra vez en tu mente durante esta semana?»; «¿Hubo alguna ocasión en tu vida en la que Dios te demostró Su poder, Su compasión o Su provisión de manera tal que, al mirar hacia atrás, reconoces que nadie más que Él pudo haber orquestado la situación?».

Lee este capítulo sobre humildad bíblica con tu grupo de debate y continúen el intercambio de ideas en los grupos de estudio bíblico. Intenten relacionar la enseñanza de este capítulo con otras porciones de la Biblia que también hablan de la importancia de cultivar la humildad en la vida del creyente.

Una oración

Señor,

Te pido que ahora mismo limpies mi corazón y quites el orgullo. Por favor, infunde en mi corazón una percepción precisa de tu persona y de cómo puedo demostrar tu humildad. ¿Los demás me ven y me escuchan proclamar tu mensaje de amor? ¿Pienso más en mí que en los demás o en ti? Muéstrame qué áreas de mi vida no están en sintonía con tu Palabra. Que al recibir tu instrucción, no me ofenda ni me enfade, sino que reciba con gratitud tu amorosa dirección. No permitas que mis oídos se llenen de la alabanza del mundo, sino dame un ferviente anhelo por escuchar alabanzas elevadas a ti. Tú eres mi principio y mi fin. Quiero que recibas toda la gloria que mereces.

Te amo, Jesús.

Amén.

Capítulo tres

Una mentalidad tripartita

Abnegación

Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás. Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.

Filipenses 2:2-5

En el capítulo uno, observamos que una simple lectura de Filipenses 2:2-5 revela que la mente de Cristo es en realidad una mentalidad tripartita. Una de las actitudes se menciona en el v. 2, otra en el v. 3 y la tercera, en el v. 4. Y estas tres actitudes concluyen en Filipenses 2:5: «Que haya en ustedes el mismo sentir [actitud]...». De manera que la mente de Cristo es una mentalidad tripartita.

Descubrimos que la importancia de esta observación es que la Biblia enseña que, si quieres tener la mente de Cristo, debes cultivar la totalidad de esta mentalidad tripartita. Son necesarias tres actitudes para poder afirmar que tienes la mente de Cristo. En el capítulo uno, observamos que la primera de estas actitudes era la unidad, según Filipenses 2:2. En el capítulo dos, notamos que la segunda era la humildad, según Filipenses 2:3. La tercera y última actitud que conforma la mente de Cristo se halla en Filipenses 2:4.

Actitud 3: Abnegación

Filipenses 2:4 «No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás».

A diferencia de la enseñanza sobre la unidad en Filipenses 2:2 y sobre la humildad en Filipenses 2:3, este versículo no nos muestra de manera explícita cuál es la tercera actitud que conforma la mente de Cristo. En cambio, nos indica una acción que solo es capaz de realizar aquel con esta tercera forma de pensar. Si dedicamos un momento a pensar en lo que se nos pide en este versículo, creo que la tercera actitud es ABNEGACIÓN. Esta completa el grupo de tres actitudes que conforman la mente de Cristo.

Es interesante notar que este versículo está partido en dos órdenes: una negativa y una positiva. Al describir la tercera actitud, Pablo primero nos dice lo que no debemos hacer y luego lo que deberíamos hacer para adoptar esta postura. Tanto la parte negativa como la positiva del versículo tienen vocablos paralelos. Por ejemplo, observa dos frases que se refieren a lo mismo: «su propio interés» y «el de los demás». Nota, sin embargo, el contraste entre «su propio» y «de los demás». Resulta claro que la parte negativa del versículo se refiere a estar siempre preocupado por tus propios intereses y solo en lo que te afecta en forma personal. Por el contrario, deberíamos interesarnos en lo que sucede en la vida de quienes nos rodean. Nuestro propósito al preguntar cómo están nuestros amigos y familiares no es husmear ni satisfacer nuestra curiosidad sino ver de qué manera podemos ofrecer apoyo, oraciones o simplemente un oído para escuchar a esa persona. Resulta claro que el que muestra interés en la vida de los demás y ofrece este nivel de apoyo demuestra una actitud abnegada.

Dos características de la abnegación

Hay dos características de la abnegación que debemos comprender para poder desarrollar esta actitud bíblica. Estas dos características vienen de la pequeña pero significativa palabra «busque» («mirando», RVR60) que encontramos en el v. 4.

Una mirada concentrada

Cuando el apóstol Pablo escribió este versículo, trató de que llegáramos a la conclusión de que la abnegación supone un esfuerzo concentrado de nuestra parte al procurar brindar apoyo a nuestros amigos, familia y hermanos en la fe en sus necesidades cotidianas. La palabra que empleó Pablo y que se traduce «busque» es *skopéo* en griego, y es la que origina la palabra «telescopio». Esto significa que el nivel de atención para estar atentos a las necesidades y los intereses de los demás no debe ser casual ni superficial; sino que debe tratarse de un esfuerzo consciente y concentrado. En otras palabras, nuestra preocupación no solo debe expresarse en términos generales sino en cuestiones específicas y con intencionalidad. Por ejemplo, está bien decirle a alguien de manera general: «Espero que tus cosas marchen bien». Sin embargo, si hemos de demostrar una actitud bíblica abnegada, deberíamos expresar nuestra sincera preocupación sobre cuestiones específicas de la vida de nuestro amigo.

Podemos hacerlo pidiendo detalles particulares de los cuales hemos conversado y que nos han llevado a orar por la otra persona. Por ejemplo, si te encuentras con un amigo con quien hace poco conversaste y oraste sobre determinado tema, tu pregunta debe ser sincera, específica y focalizada al tema y lo que está haciendo al respecto. Entonces, en vez de un comentario casual, podrías preguntarle: «Sé que hace apenas un par de días hablamos de [mencionar el tema]; ¿te sientes más confiado en que Dios se ocupará de tu situación y te dará Su paz? Quiero que sepas que estoy orando por ti cada vez que el Señor me trae tu nombre a la memoria». Esta respuesta enfocada, sincera y considerada refleja exactamente la naturaleza de lo que la Biblia enseña acerca de la abnegación.

Una mirada continua

Además de una mirada concentrada, no podrás desarrollar una actitud abnegada a menos que tu acción sea continua. La abnegación es un acto constante y continuo de enfocarse en el interés de los demás. Filipenses 2:4 enfatiza que

debe considerarse una acción continua.

La palabra «mirar» (RVR60) (del griego skopéo) no es poco común en el Nuevo Testamento. Si dedicas tiempo a leer las otras ocasiones en que aparece, notarás que siempre implica una acción constante y continua. Observa los siguientes dos ejemplos. Aunque no figure la palabra «busque» ni «mirando», se ha usado la palabra original (skopéo). En estos ejemplos, el vocablo original se traduce por «fijarse», pero podría haberse usado «mirar». Presta atención a la acción continua implícita:

Filipenses 3:17 «Hermanos, sean ustedes imitadores de mí, y fíjense en los que así se conducen, según el ejemplo que ustedes tienen de nosotros».

En este versículo, Pablo enfatiza la necesidad de observar de manera constante y continua a los apóstoles para ver cómo vivían. Deberíamos estudiar su vida, comentar sus acciones y ser motivados por sus palabras con el propósito de ser alentados por sus hábitos y sus acciones. Resulta evidente que nosotros, los observadores, no tendremos éxito si tratamos de entender sus acciones a partir de una mirada superficial a sus vidas o si leemos por arriba las Escrituras. Hace falta un análisis constante y continuo.

Romanos 16:17 (RVR60) «Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos».

Una vez más, el apóstol Pablo usa la palabra «fijarse» o «mirar» para describir la necesidad de enfatizar una acción continua. En este ejemplo, Pablo nos instruye no solo a «notar» o «darnos cuenta» de aquellos que causan disensión en el cuerpo de los creyentes sino, en esencia, a «buscar de manera continua», «mirar con atención» o «estar siempre atentos» a aquellos que causan disensión.

En estos dos ejemplos, junto con el versículo que analizamos, es claro que cuando la Biblia habla de «buscar» el interés de los demás, no deberíamos preocuparnos por cumplir un acto de desprendimiento casual. En cambio,

tenemos que «buscar de manera continua», «mirar con atención» o «estar siempre atentos» a los intereses de los demás. ¡La abnegación, por lo tanto, exige una cuota que jamás podrá cubrirse! Debemos reconocer que puedes cumplir un acto aislado que muestre abnegación, pero no puedes considerarte una persona abnegada a menos que tu vida se caracterice por una actitud de corazón que continuamente refleje la abnegación bíblica.

¿Qué áreas de la vida de una persona deberían importarnos para vivir conforme a este versículo?

Dentro del contexto de los dos versículos anteriores de Filipenses, creo que los «intereses» a los que este verso se refiere son tanto espirituales como físicos, de nuestros amigos, familiares y hermanos en la fe. La palabra «interés» debe interpretarse no como algo en lo cual la persona se interesa (como pasatiempos o preferencias). Es algo mucho más amplio que se aplica a «problemas», «preocupaciones», «situaciones», «necesidades»; todo lo que una persona considera importante o cualquier cosa que le concierne íntimamente. En otras palabras, todo lo referido a una persona debería importarte.

¿Debo esperar que mi amigo me transmita sus necesidades espirituales/debilidades?

Según este versículo, pareciera que el nivel de interés que deberíamos manifestar en la vida de nuestros amigos implicara cierto nivel de intrusión o entrometimiento en temas que le son sensibles. Por supuesto, debe haber un equilibrio. Suficiente con decir que cada situación debe pesarse según el nivel de confidencialidad. Recuerda, no obstante, que tu rol de amigo no es saberlo todo sino ser para el otro un sistema de apoyo guiado espiritualmente. A menos que haya pecado sin confesar o un inminente peligro físico que requiera una confrontación directa y drástica pero amorosa, deberías acudir a Dios en oración buscando el tiempo oportuno para acercarte a tu amigo y si debes o no iniciar una conversación con él en cuanto a su situación espiritual.

En algunas circunstancias, tal vez quieras preguntar sobre la situación de tu amigo. Sin embargo, recuerda que la abnegación conlleva la responsabilidad de apoyarlo en el cambio espiritual y no solamente suplir tu deseo de ayudar. Por tanto, puedes haberte enterado de que tu amigo ya recibe aconsejamiento bíblico de parte de otra persona. En esta situación, debes reconocer que en vez de ser el consejero espiritual directo, Dios espera de ti que apoyes los intereses de tu amigo con oración y aliento.

Tienes que discernir si deseas enterarte de la situación de un amigo con el propósito de brindar apoyo o de suplir tu deseo personal de ser su consejero espiritual. Y, a veces, aun en el deseo de estar atentos a lo que les pasa a los otros, debemos luchar contra la tentación de averiguar sobre la situación de las personas, por el mero deseo de satisfacer nuestro anhelo de ayudar. Es encomiable que desees ver que todos aquellos con quienes te relacionas sean creyentes espiritualmente fuertes, pero ten en mente que tu participación contribuya y no frustre el proceso de crecimiento espiritual de tu amigo, familiar o hermano en la fe.

La abnegación puesta en práctica

Confecciona una lista de personas que crees que Dios ha puesto en tu vida para apoyar en lo económico o físico, o simplemente mediante la oración y un oído dispuesto a escuchar. Comienza a orar por ellas y luego, busca la ocasión de transmitirles que estás dispuesto y comprometido a brindarles cualquier nivel de apoyo. No te preocupes si durante la conversación no responden de manera inmediata. Quizás solo precisen saber que estás disponible en los días/meses venideros.

Lleva un «registro de acompañamiento» de aquellos a quienes les estás ofreciendo apoyo físico o espiritual, para que puedas estar al tanto de su situación. Esto te ayudará a orar de manera inteligente y específica mientras mantienes tu atención sobre sus necesidades y situaciones. Este «registro de acompañamiento» te permitirá también ver cómo Dios ha provisto y traerá victoria espiritual sobre la vida de estas personas. ¡No dejes de revisar este registro cada tanto para alabar a Dios! Compártelo con tus hijos, tu cónyuge o tu

compañero de oración, a quien estás capacitando espiritualmente o con quien sirves a los necesitados. Muchos líderes cristianos confirman que su testimonio abnegado ha sido de aliento a muchos en el cuerpo de Cristo, al observar y participar con un familiar o un líder cristiano en el ministerio hacia otros.

Identifica en tu vida alguien que haya manifestado abnegación hacia ti y dedica un momento en la semana para contactarlo y expresarle que reconoces su sacrificio; dedica tiempo a agradecer a Dios por él y hazle saber que su ejemplo de abnegación no ha pasado inadvertido. Puede tratarse de un pastor, un mentor espiritual, un familiar, un amigo, un compañero de cuarto, un maestro o cualquier otra persona cuyo ejemplo de abnegación haya producido un impacto indeleble en tu vida y te haya animado a imitarlo en lo personal y con tu familia.

Lee este capítulo sobre la abnegación bíblica con tu grupo de debate y continúa el análisis con tu grupo de estudio bíblico. Intenten relacionar la enseñanza de este capítulo con otras porciones de la Biblia que también hablan de la importancia de cultivar la abnegación en la vida del creyente.

Entonces, ¿qué es con exactitud la «mente de Cristo»?

Según Filipenses 2:2-4, resulta claro que la mente de Cristo de ningún modo es algo que adquieres por los años de asistencia perfecta a la Escuela Dominical, la cantidad de dinero que ofrendas en la iglesia o las personas que conoces. No es algo que se aplique automáticamente a ti si creciste en la familia «correcta», ni tampoco algo que se puede derramar sobre ti por voluntad de tus amigos, familia o liderazgo de la iglesia. Tampoco tiene que ver con la memorización de un credo, un dogma o las Escrituras.

Además, ¡la mente de Cristo no es algo místico, desconocido ni inalcanzable! Se explica con términos claros y elementales en Filipenses 2:2-4 para que el más joven de los creyentes pueda entender la enseñanza bíblica sobre la mente de Cristo. ¡Toda persona puede saber con exactitud qué es la mente de Cristo!

La mente de Cristo se cultiva cuando activamente meditas en la enseñanza de Filipenses 2:2-4, confiesas de corazón cualquier pecado y sigues cuidadosamente todas las directivas bíblicas sobre cómo cultivar la UNIDAD, la HUMILDAD y

la ABNEGACIÓN. Es una decisión personal que afecta tu corazón. Debe cultivarse diariamente y controlarse una y otra vez cada día, ¡a cada momento, de ser necesario! Vivir conforme a la mente de Cristo no depende de las circunstancias. Es una cuestión de elección y obediencia.

¿Alguna vez has orado así: «Señor, cómo puedo darte toda la gloria y el honor a ti»?

¿Alguna vez oraste: «Señor, te amo y quiero saber cómo puedo darte toda la gloria y el honor a ti... Tan solo dime cómo y te prometo que lo haré»? Si quieres darle gloria y honor a Dios, la mejor manera es desarrollando las tres actitudes que conforman la mente de Cristo. ¡Vive con la mente de Cristo en tu familia, en tus relaciones y dentro del cuerpo de Cristo! ¡Sé uno! ¡Sé humilde! ¡Sé abnegado!

Si deseas saber si estás desarrollando la mente de Cristo en tu vida, fórmate estas preguntas:

¿Vivo con una actitud de UNIDAD?

Puedes tener la certeza de que manifiestas unidad bíblica si adhieres a la «lista de unidad» de más arriba, según Filipenses 2:2: unidad en el afecto, unidad en el espíritu y unidad de propósito. Si eres capaz de cumplir con todas y cada una de las acciones de esta lista de unidad luego de cada interacción con aquellos con quienes vives y ministras, puedes alabar al Señor porque te ha provisto de una guía perfecta a través de Su Palabra para saber que vives una vida bíblica de unidad.

¿Vivo con una actitud de HUMILDAD?

Puedes tener la certeza de que manifiestas humildad bíblica si, en la práctica de tu servicio espiritual, no intentas promocionarte ni robar la gloria de Dios, ni te sientes impulsado ni motivado a continuar tu servicio por los elogios y las opiniones huecas de los hombres. Al contrario, ¿estás mirando a tu alrededor, a las personas con las que tienes relación; agradeces a Dios por ellas y consideras un privilegio adorar con ellas, ministrarles y aprender de ellas, más allá de su nivel educativo, su raza, su género, su trasfondo o su posición económica? ¿Oras para que toda la gloria de lo que haces sea absolutamente para el Señor y Salvador Jesucristo?

¿Vivo con una actitud de ABNEGACIÓN?

Puedes tener la certeza de que vives con abnegación bíblica si no estás preocupado por apoyar a tu amigo, miembro de la familia o hermano en la fe con «actos desinteresados» ocasionales, sino que has decidido brindar un apoyo constante y continuo para sus necesidades espirituales y físicas, y sus intereses. Si deseas estar constantemente alerta (no por interés personal), si tu preocupación final es contribuir con el sistema de apoyo espiritual de tu amigo y tener un interés concentrado y continuo en los asuntos de los demás, tu vida estará caracterizada por la abnegación bíblica.

Unidad, humildad, abnegación... ¡Que este tipo de mentalidad esté en ti!

Una oración

Señor,

Te amo y anhelo dar honor y gloria a tu nombre. Acabo de aprender cuán práctica es la mente de Cristo y he recibido el aliento para desarrollarla en cada área de mi vida. Anhelo estar en continua comunión contigo para asegurarme de mantener de corazón esta actitud tripartita.

Ahora, dame la sabiduría y las fuerzas para obedecer.

Deseo vivir una vida de unidad bíblica con las personas con quienes he sido distante e impersonal. Ayúdame a amarlas como tú me has amado.

Deseo vivir una vida de humildad bíblica, para promover tu gloria y tu nombre. Ayúdame a ver el mundo como tú lo ves, como personas a las que amas, por las que moriste y con quienes deseas tener una relación de intimidad.

Deseo vivir una vida de abnegación bíblica y estar siempre fijándome en quienes necesiten mis oraciones, mi apoyo, mi amor y mi amistad. Por favor, bríndame oportunidades que me den el privilegio de ofrecer mi apoyo y mis oraciones a las personas. Solo deseo que tú, por mi intermedio, les brindes consuelo, apoyo y provisión en su tiempo de necesidad.

Al pedirte esto, sé que el maligno no querrá dejarme desarrollar la mente de Cristo e intentará persuadirme a creer que es necio e inútil vivir conforme a esto. Ayúdame a no prestar oídos a sus mentiras y engaños, sino a saber que tú has bendecido tu Palabra, que eres más poderoso que todo y que serás honrado, alabado y glorificado en mi vida y en mi compromiso a seguir tu Palabra.

Gracias por permitirme mostrar al mundo tu verdadero carácter y lo que hay en tu corazón para tu pueblo. Ahora mismo entrego mi vida por completo para

vivir conforme a la mente de Cristo.

Gracias.

Te amo.

Amén.

PARTE II

UN EJEMPLO DE LA «MENTE DE CRISTO»

Capítulo cuatro

El ejemplo perfecto

Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Filipenses 2:5-8

Filipenses 2:2-5a brinda una clara y sencilla enseñanza sobre qué es la mente de Cristo con exactitud. Hemos aprendido que la mente de Cristo está conformada por tres actitudes: unidad, humildad y abnegación. Esta mentalidad tripartita debe cultivarse para poder vivir la mente de Cristo. En este capítulo, tendremos el privilegio de reflejar el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo, perfecto y sin pecado: Su ejemplo de unidad, Su vida de servicio y de humildad y Su sacrificio altruista por el pecado del mundo.

Un ejemplo a seguir

Luego de presentar una enseñanza clara y simple de qué es con exactitud la mente de Cristo (Fil. 2:2-5), Pablo ofrece, en Filipenses 2:5b-8, un ejemplo de alguien que, mientras estuvo en este mundo, manifestó esta mentalidad tripartita.

Filipenses 2:6-8 siempre atrajo la atención de teólogos, estudiantes, pastores y creyentes durante miles de años porque nos brinda una breve pero útil explicación de cómo Jesucristo existió como «Dios-hombre» sobre la Tierra.

(NOTA: Los teólogos reconocen la «unidad de Cristo de 100% Dios y 100% hombre» como la «unión hipostática» de Cristo). Los estudiosos de esta porción de Filipenses la valoran porque los tres versículos ofrecen apoyo sustancial tanto gramatical como teológico sobre la plena deidad y la humanidad sin pecado de Jesucristo. Las bibliotecas de nuestras universidades contienen abundantes bases de datos, disertaciones, artículos periodísticos y libros que representan interminables horas de contemplación sobre las enseñanzas cristológicas y las consecuencias de estos tres versículos.

Sin embargo, es importante recordar este punto tan significativo al estudiar estos versículos: cualquier enseñanza teológica capaz de abstraerse de Filipenses 2:6-8 es un mero producto adicional del tema central de estos versículos. El propósito de Filipenses 2:6-8 no es brindar una profunda enseñanza teológica sobre la unión hipostática de Cristo. El apóstol no decidió de repente hacer un quiebre en su mensaje práctico sobre la unidad, la humildad y la abnegación para exponer las consecuencias teológicas de la deidad de Cristo. Aunque la unión hipostática es una hermosa doctrina —y estudiar cómo Jesús fue tanto Dios como hombre sin pecado es por cierto gratificante—, Pablo sencillamente no escribió estas palabras para iniciar un debate teológico.

Entonces, ¿por qué escribió estas palabras? Lo hizo para ofrecernos un ejemplo de alguien que tuvo la mente de Cristo y nos inspira a seguir su ejemplo. ¿Quién manifestó esta mentalidad tripartita con tanta profundidad como para inspirar a todos los que vengan a Él a vivir de la misma manera? «Jesucristo». Hay que reconocer que Él es la respuesta lógica a esta pregunta, pero quisiera que pensaras cuán profundo es fijarnos en la existencia terrenal de Jesucristo.

Entonces, ¿por qué el apóstol Pablo usó enseñanzas teológicas profundas en esta parte de Filipenses? Buena pregunta. ¿Por qué no dijo simplemente: «Muy bien, en el versículo 6, Jesús demostró unidad haciendo esto... en el versículo 7, Jesús demostró humildad haciendo esto otro... etc.?». ¿Por qué usó palabras y conceptos teológicos tan profundos? Porque cada vez que te refieres a la vida de Jesucristo como ejemplo debes recordar que hablas de alguien sin parangón en la historia. Nunca jamás hubo alguien sobre esta Tierra que fuera plenamente Dios y plenamente humano sin pecado, fuera de Jesucristo. Por tanto, al referirnos a Su situación de vida, no puedes más que exponer ante el lector algunas descripciones profundamente exclusivas. Por fortuna, estas palabras no son misteriosas ni desconocidas. Hasta el cristiano más nuevo puede comprenderlas. Cualquiera que desee ver el propósito de estos versículos (unidad, humildad,

abnegación) será capaz de comprenderlos y de alabar al Señor por su contenido. Por tanto, el apóstol no considera que sea un riesgo ofrecer la vida del Señor Jesucristo como el ejemplo por antonomasia de cómo vivir en unidad, humildad y abnegación.

Razones por las que deberíamos considerar el ejemplo de Jesucristo

Jesucristo es la cabeza del cuerpo, la iglesia.

Colosenses 1:18a afirma: «Él [Jesús] es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia...». Entonces, si la cabeza de la iglesia, Jesucristo, vivió esta mentalidad tripartita, corresponde que los miembros del cuerpo de Cristo vivan también conforme a ella.

Jesucristo es el autor y el consumidor de la fe.

Hebreos 12:2 insta: «Fijemos la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe...». Si el autor de nuestra fe, que hizo todo lo necesario para poner a disposición de la humanidad la salvación, vivió con esta mentalidad tripartita, corresponde que quienes fueron salvados por Él vivan también conforme a esta mentalidad.

Jesucristo es el Hijo de Dios sin pecado.

Juan 13:15 declara: «Porque les he puesto el ejemplo, para que lo mismo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan». Si el único hombre sin pecado, Jesucristo, quien no conoció pecado, vivió con esta mentalidad tripartita, corresponde que quienes fueron redimidos vivan también conforme a ella.

Por tanto, durante nuestro estudio de Filipenses 2:6-8, valoraremos la teología y las doctrinas cristológicas; pero además nos enfocaremos en el hermoso e inspirador ejemplo del autor de la mente de Cristo, en la personificación misma de esta manera de pensar. Al estudiar cómo Jesús manifestó cada una de las tres actitudes (unidad, humildad y abnegación), señalaré primero lo que este versículo enseña sobre Jesucristo. Luego veremos cómo se relaciona con el vivir conforme a la actitud de unidad, humildad y abnegación.

Al examinar lo que el versículo enseña sobre Jesucristo, deseo animarte; en especial si eres como muchos que al leer sobre teología se desaniman y piensan que no son capaces de entenderla. Ten paciencia, aunque al principio te parezca que estás en una clase de teología. Por favor, no pases las páginas con rapidez ni saltees párrafos. No son tan elevados ni tan difíciles de comprender. Me aseguraré de que las explicaciones resulten claras e intentaré escribir de manera tal que puedas ver con sencillez algunas maravillosas verdades sobre nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Ahora mismo, puedes hacer una pausa y orar a Dios para que te dé oídos para oír y una mente para entender con claridad estas espléndidas verdades de nuestro grandioso Señor.

La unidad según el ejemplo de Jesucristo

Filipenses 2:6 «Quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios».

Según este versículo, Jesús fue siempre 100% Dios encarnado mientras estuvo físicamente en este mundo. No tuvo que preguntarle al Padre cómo aplicar la Deidad a su vida ni tampoco debió ir y «arrebatar» la Deidad del Padre para poder ser llamado «Dios». ¿Por qué? Porque Jesús ya era Dios en carne. Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo = un Dios.

Es más, Jesús era Dios el Hijo antes de venir a la tierra como un bebé. «Jesús» fue el nombre terrenal de Dios que sus padres le dieron al nacer en el pesebre. Antes de su llegada a este mundo, se lo denominaba «la Palabra» («el Verbo», RVR60). Esto lo sabemos por otras porciones de la Biblia. Juan 1:1-3 afirma:

«En el principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba con Dios, y Dios mismo era la Palabra. La Palabra estaba en el principio con Dios. Por ella fueron hechas todas las cosas. Sin ella nada fue hecho de lo que ha sido hecho». La Palabra existía antes de que el Hijo viniera a la Tierra. Por eso podemos decir que siempre fue Dios, aun antes de venir a este mundo.

Lo realmente interesante es que se atribuye a la Palabra la creación del mundo. Vuelve a leer Juan 1:3: «Por ella fueron hechas todas las cosas. Sin ella nada fue hecho de lo que ha sido hecho». De modo que cuando sus padres sostenían en sus brazos al bebé «Jesús», estaban literalmente sosteniendo al Creador del mundo. Tenían al Dios del universo quien, antes de nacer aquí, cumplió la tarea de crear el mundo con Su palabra: las plantas, los árboles, los peces, las aves y Su creación más especial: ¡las personas! Literalmente, vino a este mundo a interactuar con Sus criaturas: ¡nosotros! Abrazó a Sus creaciones, lavó los pies de Sus creaciones, rió y lloró con Sus creaciones. Por eso Juan 1:11 declara que el Hijo «vino a lo suyo [Su creación], pero los suyos no [lo] recibieron».

Ahora bien, ¿cómo se relaciona todo esto con el tema de la «unidad»? Repasemos una vez más Su situación especial de vida y veremos un hermoso ejemplo de «unidad». El Hijo abandonó la presencia de Dios el Padre y Dios el Espíritu y partió hacia la Tierra para habitar con Su creación. Lamentablemente, durante Su existencia terrenal, Sus creaciones lo escupieron, lo golpearon, intentaron apedrearlo, lo abofetearon y, al final, lo crucificaron. Luego de Su existencia humana de poco más de 33 años, el Hijo permitió que Sus propias creaciones lo golpearan de manera tan inhumana que incluso era difícil reconocer Su cuerpo. Permitted que clavaran Sus manos y Sus pies, y permaneció callado mientras le incrustaban una corona de espinas en la cabeza. Permitted que las criaturas que había creado lo llevaran a un lugar donde Su cuerpo terrenal sería clavado en una cruz y exhibido ante todos. Y luego de seis horas de agonía en la cruz, el Hijo reconoció que había cumplido todo aquello por lo cual había sido enviado por el Padre, y entregó Su vida como sacrificio por nuestros pecados.

La vida y el sacrificio de Jesucristo conforman el más bello cuadro de unidad por la siguiente razón: en el evento más nefasto, turbulento, cataclísmico, sobrenatural y colosal de la historia humana —en que parte de la Deidad dejó Su gloria en los cielos, se revistió de carne humana y habitó en medio de Su creación; permitió que Su creación lo tratara vergonzosamente y lo golpeará al punto de provocarle la muerte— la Deidad JAMÁS experimentó una fractura en

Su comunión y UNIDAD. ¡Jesús nunca dejó de ser Dios! ¡Jamás perdió Su Deidad! ¡Jesús y la Deidad siempre estuvieron en estrecha comunión! ¡Nada jamás amenazó Su unidad!

Esta es la idea: No existe una experiencia tan nefasta, turbulenta, cataclísmica, sobrenatural ni colosal que tu iglesia no pueda soportar, si cumple con la manera en que Dios mantiene la comunión y la unidad.

No hay experiencia tan nefasta, turbulenta, cataclísmica, sobrenatural ni colosal que tu familia no pueda soportar, si cumple con la manera en que Dios mantiene la comunión y la unidad.

No existe una experiencia tan nefasta, turbulenta, cataclísmica, sobrenatural ni colosal que tu propio corazón no pueda soportar, porque Dios siempre estará allí para cuidar a Sus hijos. Jamás permitirá que algo te sobrevenga y te separe de Su mano (Juan 10:28-29). El Salmo 121 nos ofrece una promesa de consuelo, protección y continua unidad con Dios:

Elevo mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del Señor, creador del cielo y de la tierra. El Señor no dejará que resbales; el que te cuida jamás duerme. Toma en cuenta que nunca duerme el protector de Israel. El Señor es tu protector; el Señor es como tu sombra: ¡siempre está a tu mano derecha! Ni el sol te fatigará de día, ni la luna te agobiará en la noche. El Señor te librará de todo mal; el Señor protegerá tu vida. El Señor te estará vigilando cuando salgas y cuando regreses, desde ahora y hasta siempre.

¡Ánimo! Jamás existirá un evento más colosal ni turbulento que la partida de uno de los miembros de la Deidad hacia las profundidades de este mundo humano y caído para pagar por el pecado de cada uno de sus habitantes. Y así como la Deidad permaneció unida durante ese tiempo, igualmente nosotros, como miembros del cuerpo de Cristo, podemos tener la certeza de que si vivimos juntos y conforme a la mente de Cristo, no debemos preocuparnos por rupturas en la iglesia, porque se generen raíces de amargura, por traiciones, por manipulación del liderazgo, etc. No existe razón para que una congregación no pueda sortear cualquier tormenta, siempre y cuando las personas que la conforman vivan de acuerdo a la mente de Cristo.

La humildad según el ejemplo de Jesucristo

Filipenses 2:7-8a «sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo...».

Considero que la palabra más profunda en Filipenses 2:7-8a es la primera de toda la oración: «sino». Esta palabra no solo enlaza gramaticalmente el v. 6 con el v. 7, sino que además enfatiza la idea de que aun Jesús, siendo Dios (v. 6) cargó sobre sí algunas cosas que Dios no tenía por qué hacer (v. 7). El v. 6 enseña que Jesús era Dios y que jamás dejó de ser el «gran Yo Soy». Demuestra que Jesús merece ser servido y venerado. Toda la alabanza y la adoración le pertenecen. Jesús, el Creador del mundo, ¡merece ser honrado y exaltado! Sin embargo, el v. 7 ilustra que no recibió la alabanza debida a Su nombre mientras estaba en este mundo. Es más, el Dios del universo tomó la forma de Su creación (la forma humana) y se despojó a sí mismo de Su gloria. El Rey de reyes y Señor de señores, que solía sentarse en la presencia de la adoración de los ángeles, veló Su gloria y escogió humillarse a sí mismo a nuestro favor, para darnos el ejemplo y la salvación.

Considera las tres maneras en que Jesús se despojó a sí mismo de Su gloriosa majestad para humillarse:

El Rey de reyes se hizo siervo.

«... tomó forma de siervo» Filipenses 2:7b

Para cualquier creyente en Jesucristo que escucha esto por primera vez, resulta un concepto absolutamente extraño, e incluso blasfemo. El motivo es que hemos pasado nuestra vida adorando al Rey de reyes y Señor de señores. ¡Lo hemos

servido toda la vida! En nuestra mente, servimos en Su reino. Sin embargo, esto es exactamente lo que Dios hizo. Vino a la Tierra a ser un siervo y mostrarnos la verdadera humildad.

El corazón de siervo de Jesús puede verse con claridad si nos detenemos en la noche previa a Su crucifixión, en Juan 13. Jesús había llevado a Sus discípulos a una casa y comenzó la cena de la Pascua. En medio de la comida, Jesús se puso de pie, se ajustó una toalla a la cintura, llenó un recipiente con agua, se arrodilló y comenzó a lavar los pies de Sus discípulos. En Juan 13:15, el Señor les explicó en forma clara por qué lo hacía: «Porque les he puesto el ejemplo, para que lo mismo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan». Jesús puso en práctica la actitud de humildad al servir a Sus amados.

Resulta interesante recordar que esta tarea física de lavar los pies cuando se ingresaba a una casa estaba relegada al sirviente de menor rango del hogar. Es más, se consideraba una tarea tan humilde que había una regla social que excluía a los rabíes y a sus discípulos de realizarla. Por supuesto, cuando los doce discípulos del rabí Jesús ingresaron a la habitación y se dieron cuenta de que no había un sirviente que lavara sus pies, ninguno se apresuró a ofrecerse como voluntario para hacerlo. ¡Qué ejemplo tan vívido tenemos en Jesucristo, como el rabí que, a diferencia de Sus discípulos, asumió la forma de siervo y les lavó los pies! O dicho de otra manera, qué cuadro tan vívido podemos contemplar en esto: el Creador del mundo llenó un recipiente con Su creación y se arrodilló para lavar los pies sucios de Su creación.

El Rey de reyes experimentó un nacimiento humano.

«... y se hizo semejante a los hombres». Filipenses 2:7c

La expresión «se hizo» debe interpretarse en el contexto del nacimiento de un niño. Significa que Jesús vino al mundo a través del proceso del nacimiento físico. La palabra que el apóstol usó aquí es el verbo que significa «nacer». Esta frase enfatiza que, al ingresar en el planeta Tierra, el Rey de reyes y Señor de señores literalmente viajó a través del canal de parto de Su madre terrenal.

El Creador del mundo entró a Su creación de la misma manera que todas las

otras creaciones ingresan al mundo. Además, Su ingreso no fue acompañado por fanfarrias. Estuvo exento de toda pompa y circunstancia, dado que Su madre dio a luz en un humilde y sucio establo cavado en la ladera de una montaña. No estuvo presente ningún dignatario que le diera la bienvenida, a excepción de Sus amorosos padres terrenales y algunos animales que se refugiaban aquella noche en el mismo lugar que Jesús. El Rey de reyes vino a este mundo con gran humildad.

Tal como mencioné en el v. 6, uno de los más grandes misterios sobre el Señor Jesucristo es Su esencia personal, que incluye Su gloriosa deidad y Su humilde humanidad. Aunque uno sabe que ocurrió, es difícil de explicar (parecido a lo que sucede con la verdad sobre la creación). Sabiendo que la Biblia enseña que Jesús siempre fue totalmente Dios, así como totalmente hombre sin pecado mientras estuvo en este mundo, ¡esto hace que Su nacimiento sea todavía más extraordinario! Voy a explicarlo.

La Biblia afirma que Jesús era Dios (Juan 8:58). También enseña que Jesús creó el mundo (Juan 1:3), y que una vez que lo creó, no se limitó a echarlo a andar para irse de inmediato. En cambio, enseña que desde los tiempos de la creación, Él ha mantenido todo en orden (Col. 1:17). Por tanto, esto implica que cuando Jesús dormía durante la tormenta en el mar (Mat. 14:29-31), estaba en pleno control y mantenía el orden. Del mismo modo, cuando Jesús atravesaba el canal de parto de María para ingresar a Su propia creación, ¡seguía manteniendo el orden! Por tanto, no existe el momento en que el Señor no esté manteniendo tu vida en orden y no esté íntimamente consciente de tus necesidades, tus intereses, tus deseos y tus oraciones.

El Rey de reyes veló Su gloria.

«Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo...». Filipenses 2:8a

Esta parte de Filipenses 2:8 es clara en su sencillez. Cuando las personas miraban a Jesús, veían un hombre común y corriente. No había un atractivo irresistible ni gravitacional hacia Él. No existía una compulsión involuntaria que atrajera a las personas. Nada en Su apariencia hacía pensar que Jesús fuera algo

más que un hombre común. Por esa razón, cuando las personas escuchaban Sus enseñanzas, Sus comentarios con frecuencia reflejaban que Jesús era una persona como los demás. Mateo 13:55-58 brinda un vívido ejemplo de los coterráneos de Jesús que expresaron ese sentimiento:

¿Acaso no es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos son Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?» Y les era muy difícil entenderlo. Pero Jesús les dijo: «No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su propia familia.» Y por la incredulidad de ellos no hizo allí muchos milagros.

Isaías 53:2 afirma que «No había nada hermoso ni majestuoso en su aspecto, nada que nos atrajera hacia él» (NTV). Filipenses 2:7 comienza con la frase: «[Él] se despojó a sí mismo». Por eso en Su oración al Padre en Juan 17:5, Jesús hace el siguiente pedido al Padre: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera». No solicitó una restitución de Su Deidad porque seguía siendo Dios. Pidió que Su gloria se revelara una vez más porque la había velado en humildad.

El Rey de reyes ingresó al mundo y vivió en él con gran humildad.

La abnegación vista en el ejemplo de Jesucristo

Filipenses 2:8b «... y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

Creo que la segunda parte de Filipenses 2:8 es la más bella imagen de abnegación de todo el libro. En esta sencilla frase, vemos la actitud de

abnegación en la vida de Cristo que sobrepasa cualquier otro ejemplo terrenal. Es una descripción del compromiso inquebrantable de nuestro Señor de ofrecerse en sacrificio por nuestro pecado como un vívido retrato del tipo de muerte que padeció.

Si deseas experimentar plenamente la imagen vívida de la abnegación tal como se observa en este versículo hay dos palabras importantes para considerar: «obediente» y «cruz». En primer lugar, la palabra «obediente» resulta curiosa porque no estamos acostumbrados a aplicarla a Dios. Es extraño para un creyente decir que «Dios fue obediente». En nuestra mente, Dios debe ser obedecido y no debería obedecer a nadie; dado que Él es el Creador del mundo, el que dio forma a los planetas y puso nombre a las estrellas, el que sostiene la vida en Sus manos. Sin embargo, Jesús fue «obediente».

Esto suscita varios interrogantes: «¿Obediente a quién?»; «¿acaso el Dios-hombre recibía órdenes de otros hombres?»; «¿el Dios-hombre finalmente cedió a las peticiones de Satanás del principio de Su ministerio terrenal?»; «¿es esto evidencia de que dejó de ser Dios porque demuestra subordinación a alguien más?».

La respuesta a cada una de estas preguntas es simple: como Dios, Jesús se apegó a Su promesa divina de proveer una paga por el pecado del mundo y permaneció absolutamente comprometido a cumplir lo que había prometido. Por lo tanto, el Dios-hombre permaneció obediente a sí mismo. Dios el Padre había declarado que la salvación sería para toda la humanidad. Dios el Hijo vino a ofrecer el sacrificio prometido por el Padre y Dios el Espíritu lo ministró, dándole el poder para continuar hasta el fin. Jesús fue obediente a la voluntad de Dios. En otras palabras: «se ajustó al plan hasta el final». El apóstol Juan nos recuerda el amor eterno de Jesús por nosotros en Juan 13:1: «Antes de la fiesta de la pascua, Jesús sabía que su hora había llegado para pasar de este mundo y volver al Padre. A los suyos que estaban en el mundo los había amado siempre, y los amó hasta el fin».

Qué bella imagen de abnegación, en la que Jesús se mantuvo incólume en Su compromiso de pagar por nuestros pecados. Jamás debemos preocuparnos de que Su amor se acabe ni de que Jesús abandone Su compromiso de ofrecer su vida como paga por nuestros pecados. Siempre permaneció comprometido con Su promesa, hasta el final. Y aun hoy sigue fielmente aferrado a esa promesa. Jesús mismo reconoció que si lo deseaba, podía mandar a llamar a miles de

ángeles que lo librarán para no tener que padecer el dolor y la tortura de la cruz. Sin embargo, observa el compromiso de Jesús con Su promesa en Mateo 26:52-54: «Entonces Jesús le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar. Quien esgrime la espada, muere por la espada. ¿No te parece que yo puedo orar a mi Padre, y que él puede mandarme ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pero entonces ¿cómo se cumplirían las Escrituras? Porque es necesario que así suceda”».

En esencia, Jesús expresó: «Si me voy ahora, ¿cómo podría cumplir mi promesa?». Respuesta: No sería cumplida. De modo que, en definitiva, declara: «¡No iré a ninguna otra parte que no sea la cruz!». Este nivel de compromiso hacia la voluntad de Dios, a pesar de la agonía que vendría, es una maravillosa imagen de abnegación, porque Jesús fue obediente hasta la muerte, ¡por nosotros!

La segunda palabra significativa en la última parte de Filipenses 2:8 es: «cruz». Esta palabra debe ser la más común y más familiar en los círculos eclesiales. Se emplea en títulos de sermones, en letras de canciones, en oraciones y bendiciones. Imágenes de la cruz se suelen usar en avisos gráficos de la iglesia, en boletines, en presentaciones de diapositivas o de videos. La gente usa cruces de oro en el cuello, decora las paredes de su hogar con cruces e incluso coloca cruces tamaño natural en los puntos más visibles de su territorio para que todos las vean. Sin duda, es un símbolo importante para los creyentes en Jesucristo.

En un marcado contraste, la palabra «cruz» no se consideraba «gloriosa» en el siglo I. Es más, en reuniones formales, los judíos de aquella época evitaban por todos los medios pronunciarla. Incluso en las conversaciones informales, no decían la palabra «cruz» con la facilidad que lo hacemos nosotros ahora. Era también muy raro escuchar que alguien la usara en público. Y ocasionalmente se consideraba inapropiado que se la usara en privado.

La razón es comprensible. No era que se tratara de una mala palabra ni de una vulgaridad; sino que era un término que generaba pensamientos y sentimientos sumamente perturbadores en la mente del que escuchaba. La palabra «cruz» era demasiado gráfica y desagradable, y despertaba sentimientos inquietantes. Recordaba a la gente una de las maneras de morir más horrorosas que la mente humana pudo imaginar. Los judíos del siglo I se molestaban ante la palabra «cruz» y se descomponían de solo mencionarla.

Lamentablemente, los judíos se sentían perturbados con regularidad por estos pensamientos conflictivos dado que estaban con frecuencia expuestos a esta horrenda forma de morir. Los judíos vivían bajo las normas políticas romanas que permitían la crucifixión como manera aceptable de castigo para los no romanos, y además levantaban muchas cruces con víctimas vivas en los caminos públicos de alto tránsito. Roma hacía esto como muestra de su poderío y como elemento disuasorio para cualquiera que acariciara la idea de desafiar su autoridad. Los judíos jamás se sintieron cómodos de estar rodeados por estas manifestaciones grotescas de la crueldad romana. Les costaba no hablar con sus amigos o su familia sobre la crucifixión porque la devastación que provocaba los rodeaba todo el tiempo.

No obstante, al judío le representaba todo un desafío hablar de estos actos perturbadores de tortura sin pronunciar la palabra «cruz». Optaban por un eufemismo (una expresión más suave que sustituye un término duro) para referirse a tan horroroso evento. Por ejemplo, si querían comentar sobre un hombre que había sido crucificado, usaban eufemismos tales como 1) Fue «levantado» o 2) «Estiró» los brazos, a fin de suavizar el impacto emocional de quien escuchaba. Un ejemplo notable de este eufemismo se encuentra en Juan 21:18-19.

En Juan 21, vemos que Jesús se aparece a los discípulos por tercera vez luego de haber resucitado de entre los muertos. Temprano por la mañana, se encontró con ellos a orillas del Mar de Galilea y conversaron mientras desayunaban. Ahí, Jesús decidió confrontar a Pedro sobre las tres veces que lo había negado pocos días antes. Fue un momento sumamente emotivo para Pedro, porque había visto al Señor resucitado en otras dos ocasiones, pero Él escogió no confrontarlo entonces acerca de su grave y público pecado de negar a Cristo tres veces durante Su padecimiento. Por fin había llegado la hora de confrontar a Pedro.

El relato se encuentra en Juan 21:15-17 cuando Jesús, frente a los demás discípulos, confronta a Pedro sobre sus negaciones:

«Cuando terminaron de comer, Jesús le dijo a Simón Pedro: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”. Le respondió: “Sí, Señor; tú sabes que te quiero”. Él le dijo: “Apacienta mis corderos”. Volvió a decirle por segunda vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Pedro le respondió: “Sí, Señor; tú sabes

que te quiero”. Le dijo: “Pastorea mis ovejas”. Y la tercera vez le dijo: “Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres?” Pedro se entristeció de que la tercera vez le dijera “¿Me quieres?”, y le respondió: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas”».

Jesús perdonó y restauró a Pedro por cada vez que lo había negado. Y luego, sucedió lo impensable. Durante este momento tan conmovedor para Pedro (e incómodo para el resto de los discípulos), Jesús predijo que Pedro sería martirizado por la causa de Cristo. Es más, el tipo de muerte que Pedro experimentaría sería en una «CRUZ».

¿Cómo podría Jesús suavizar el impacto mientras le decía a Pedro la verdad de que debería enfrentar la crucifixión? Con un tono suave, cariñoso y preocupado, Jesús suavizó el impacto emocional usando un eufemismo: «De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te vestías e ibas a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás tus manos y te vestirá otro, y te llevará a donde no quieras» (Juan 21:18). Fíjate que en el versículo 19a, Juan añade este comentario: «Jesús dijo esto, para dar a entender con qué muerte glorificaría a Dios...». Jesús estaba prediciendo que Pedro moriría en una cruz.

La profecía, por supuesto, se cumplió. En el 65 d.C., Pedro junto con su esposa fueron capturados por el malvado emperador Nerón y ambos fueron sentenciados a morir crucificados. Se cuenta que Pedro fue obligado a observar la crucifixión de su esposa sin poder hacer nada. Mientras ella agonizaba durante casi dos días, dicen que Pedro le repetía: «Recuerda al Señor. Recuerda al Señor. ¡Recuerda al Señor!». Cuando finalmente murió, un soldado tomó a Pedro para crucificarlo. De inmediato, él gritó a los soldados que le concedieran un último deseo. Solicitó que lo crucificaran cabeza abajo, porque alegó que no era digno de ser crucificado como su Señor. Los soldados accedieron. Y Pedro falleció mucho más rápido que su esposa.

Pregunta: Siendo que Jesús suavizó el golpe para uno de Sus discípulos y respetó el impacto emocional de la «cruz», ¿por qué nosotros nos referimos al sacrificio de Jesucristo usando las palabras más vívidas, desagradables, nauseabundas, gráficas y perturbadoras?

Las Escrituras usan esta dura y desagradable palabra para referirse a Su

sacrificio: «y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de CRUZ» (Fil. 2:8b). En Colosenses 1:20b, leemos: «... haciendo la paz mediante la sangre de su CRUZ». Hoy no tenemos problema de pronunciar todo el tiempo la palabra «CRUZ». ¡Cantamos sobre la «CRUZ»! ¡No dejamos de mencionarla en nuestra predicación! ¡Escribimos canciones sobre la «CRUZ»! ¡Lucimos el símbolo de la «CRUZ» en nuestro cuello! ¡La «CRUZ»! ¡La «CRUZ»! ¡La «CRUZ»! La cruz de Cristo es además algo muypreciado para nosotros, pero ¿por qué no suavizamos el término ni usamos un eufemismo para referirnos al sacrificio de Jesús? ¿Por qué no decimos: «Estoy agradecido de que Jesús haya extendido Sus manos» o «Estoy agradecido de que Cristo haya sido levantado»?

Creo que cuando el Espíritu Santo inspiró la Palabra de Dios, decidió usar el vocablo «cruz» con mayor frecuencia que otro para describir el sacrificio de Jesús, porque Dios quería que recordáramos que nuestro precioso Señor no se avergonzó ni sintió culpa ni bochorno al sacrificar Su vida por el pecado de la humanidad. Tal como lo indiqué al principio de esta sección, creo que Filipenses 2:8 es la más maravillosa imagen de abnegación de todo el libro, porque Jesús soportó la más vergonzosa, dolorosa, horrible, desagradable y bochornosa forma de morir; ¡y lo hizo por TI y por MÍ!

Si eres un creyente en Jesucristo, deseo invitarte a que no vuelvas a pronunciar la palabra «cruz» sin pensar en este hermoso versículo. No está mal mencionar la «cruz». Tampoco es pecado cantar sobre ella. No obstante, recuerda que cada vez que la citas, estás recordando el terrible y cruel sacrificio que nuestro precioso Señor hizo por ti. Su enorme sacrificio por cada uno de nosotros debería estar siempre en nuestra mente, inspirándonos a servirlo más y mejor.

Unidad

Humildad

Abnegación

Si la Cabeza de la iglesia, el Autor y Consumador de nuestra fe, el Hijo de Dios sin pecado, manifestó estas actitudes en Su vida, ¿cuánto más deberían Sus hijos vivir con la mente de Cristo?

«Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús».

Resumen

Jesucristo les dijo a sus discípulos en Juan 13:15: «Porque les he puesto el ejemplo, para que lo mismo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan». Por lo tanto, este capítulo analiza el ejemplo de Jesucristo según lo que expresa Filipenses 2:5-8, para que podamos animarnos al observar Su ejemplo de unidad, humildad y abnegación. Si bien muchos analizan estos versículos desde una perspectiva teológica, he sido cuidadoso de examinarlos dentro del contexto del capítulo 2 de Filipenses y su explicación de la práctica, conocida y asequible mente de Cristo.

Nos sirve de aliento que aun Jesucristo, la Cabeza de la iglesia, el Autor y Consumador de nuestra fe, y el Hijo de Dios sin pecado, habitó con esta mentalidad tripartita. Por tanto, llegamos a la conclusión de que es incumbencia de quienes han sido redimidos por Él vivir también con esta misma manera de pensar.

Debemos reconocer que aun cuando Jesús habitó en este mundo, la Deidad jamás experimentó una fractura de Su unidad (v. 6). Tenemos que reflexionar en las tareas que Dios le encargó realizar mientras estuvo en este mundo y que demuestran un corazón de servicio y humildad (vv. 7-8a). Nuestro dolido corazón debe tornarse en expresiones de alabanza al intentar digerir el tremendo impacto del sacrificio altruista de Jesús en la cruz, en el v. 8.

No podemos volver a predicar ni cantar sobre la cruz de Cristo sin sentir un agradecimiento profundo por el precio que fue pagado a través del abnegado sacrificio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Puesta en práctica

Esta semana, agenda un tiempo de oración de lunes a viernes donde te concentres en uno de los siguientes aspectos de Dios.

Día 1: Agradece a Dios por lo que es (Dios santo, Proveedor de la salvación y Sustentador del mundo).

Día 2: Agradece a Dios por Su ejemplo de unidad, humildad y abnegación.

Día 3: Agradece a Dios por Su salvación, por el perdón de pecados y las muchas veces que ha restaurado tu vida.

Día 4: Ora por tu familia/cónyuge/hijos. Pide a Dios que fortalezca el compromiso espiritual de los miembros de tu familia o que te brinde oportunidades de testificar de Jesucristo a algún miembro de tu familia.

Día 5: Ora por un amigo. Pide a Dios que fortalezca su compromiso espiritual o que tengas la oportunidad de darle tu testimonio de fe en Jesucristo.

Medita en Filipenses 2:8b y en todo lo que hemos comentado sobre la palabra «cruz». Luego, trata de escribir la letra de alguna canción de alabanza que conozcas y que incluya la palabra «cruz». Cántala en voz alta con profunda gratitud por el sacrificio de Jesucristo. No impidas que brote tu absoluta adoración y alabanza a Dios al entonar esas palabras. ¡Canta para Él!

Lee con tu grupo de debate este capítulo del ejemplo de Jesús y continúa analizándolo en tus grupos de estudio bíblico. Intenten relacionar esta enseñanza con otras porciones de la Biblia que brindan ejemplos adicionales de cómo Jesús demostró unidad, humildad y abnegación.

Cada vez que inicies un debate sobre el ejemplo de Cristo, asegúrate de conocer bien la condición espiritual de cada participante del grupo. No permitas que se debata sobre la persona y el ejemplo de Jesucristo sin preguntar qué siente tu interlocutor respecto a lo hablado sobre el Señor. Si la persona cree en Jesús, dedica un momento a orar por ella y agradecerle a Dios por todo lo que ha hecho en la vida de ambos. Agradécele por haberles dado la salvación. Den gracias juntos por la Palabra de Dios y Su clara dirección y ejemplo para nuestra vida. Si la persona no es creyente, dedica un momento a invitarla a que acepte a Jesucristo como su Salvador personal.

Una oración

Al misericordioso Señor y Salvador,

A quien me ha rescatado, amado y abierto un camino para ser su hijo. ¿Qué más puedo decir sino «gracias»? Esta palabra parece tan insignificante en comparación con quien eres y lo que has hecho por mí... No tengo excusa para no vivir con una continua actitud de unidad, humildad y abnegación. Tu Palabra afirma que para vivir por el Espíritu DEBEMOS andar según el Espíritu (Gál. 5:25). Quiero aferrarme al ejemplo que nos has dado con tu vida y comprometerme a seguirlo siempre.

Cámbiame, Señor. Limpia mi corazón y mi mente del lastre mundano que me aparta de tus preciosos caminos. Que mi corazón no desee otra cosa más que la unidad en mis relaciones; no solo con mis amigos y mi familia sino también con mis hermanos en Cristo. Haz que tenga un corazón humilde ante ti. Deseo hacer tu voluntad y no la mía. No quiero entrometerme en tus propósitos para mí. Te ruego que los demás puedan ver que eres el centro de mi vida.

Dame el deseo de ayudar y amar a los demás, así como tú me amas. Ayúdame a amar a las personas difíciles de amar. Dame la oportunidad de recordar a los demás tu obra en mi vida y lo que tú puedes hacer en ellos. Mantén mis ojos abiertos para ver a quién debo ministrar.

Que mis palabras, mi ejemplo y mi corazón rindan siempre a ti toda la gloria, el honor y la exaltación que mereces. Que no pase ni un día sin que te alabe como el primero y principal por sobre todo.

Te amo, Jesús.

Amén.

PARTE III

LA «MENTE DE CRISTO» ¡APLICADA!

Capítulo cinco

La «mente de Cristo» ¡produce alabanza!

Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios el Padre.

Filipenses 2:9-11

La «alabanza» en la perspectiva correcta

Cuando se habla sobre el reconocimiento o la «alabanza» a alguien (por ej.: amigos, miembros de la familia, Dios, etc.), debemos tener presente un principio para que esa alabanza esté en la perspectiva correcta. El principio es: equilibrio. Debemos tener un equilibrio bíblico cuando vayamos a alabar a alguna persona o a Dios.

El equilibrio bíblico entre alabar a una persona (por ej.: dar las gracias, reconocer, alentar, etc.) y alabar a Dios (por ej.: atribuirle la fuente de poder, gloria, sabiduría y fortaleza) nos enseña que nuestra alabanza a Dios debería sobrepasar en gran manera a nuestra alabanza hacia el hombre. El «equilibrio» adecuado entre estas dos clases de alabanza puede compararse con un subibaja inclinado totalmente hacia uno de los lados. La cantidad de alabanza que ofreces a Dios debería ser tanto más pesada que, en comparación, inclinaría la balanza a favor de Jesucristo. Está bien recibir y expresar cumplidos de o hacia quienes valoran nuestra vida y ministerio (ver cap. 3 para más detalles de «Cómo hacer o recibir un cumplido»). Sin embargo, ponemos en peligro el equilibrio bíblico si alabamos a un hombre y le atribuimos un nivel de grandeza que compita con la

de Dios, en vez de rendir esa alabanza al Señor que le dio a ese hombre sus habilidades.

Este principio de alabanza se refuerza en Filipenses 2:9, donde vemos que el apóstol Pablo usa palabras especiales. La expresión «lo exaltó hasta lo sumo» está tomada de una sola palabra, bien singular, de la época de Pablo. Es más, se trata de un vocablo tan exclusivo que aparece una sola vez en todo el Nuevo Testamento. Hoy lo traducimos con varias palabras porque no estamos tan seguros de cómo interpretarlo. Sabemos lo que cada parte de la palabra significa, pero no contamos con un equivalente de un solo vocablo en nuestro idioma actual. Pasaré a explicarlo.

La expresión «lo exaltó hasta lo sumo» está tomada de la palabra compuesta griega «juperupsóo». Sabemos cómo traducir la segunda mitad de la palabra porque los escritores de la Biblia la usaron con frecuencia: «jupsóo», que significa «exaltar», «levantar», «ensalzar», «apoyar». No obstante, es la primera mitad compuesta la que no estamos acostumbrados a unir al inicio de esta palabra: «juper». Este término griego es el que da origen a nuestro «hiper».

Resulta interesante que la Biblia muchas veces promete que si obedecemos los mandamientos de Dios y demostramos fidelidad a Él, entonces el Señor nos va a «jupsóo» (exaltar). Por ejemplo, este término aparece en Santiago 4:10: «¡Humíllense ante el Señor, y él los exaltará!». El vocablo «exaltará» es nuestra traducción de la palabra usada por Santiago en el siglo I: «jupsóo».

Hallamos otro ejemplo en 1 Pedro 5:6: «Por lo tanto, muestren humildad bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo». De nuevo, la palabra «exalte» es nuestra traducción de la que usó Pedro en el siglo I: «jupsóo». De manera que la Biblia enseña que Dios promete que si obedecemos Sus mandamientos y somos fieles a Él, ¡Dios nos va a «jupsóo» (exaltar)!

Sin embargo, tal como mencioné antes, Pablo escribe una palabra tan única en Filipenses 2:9 que no estamos habituados a verla ni a traducirla. El apóstol toma el término «exaltar» y le agrega «juper» («hiper»). De modo que Filipenses 2:9 enseña literalmente que Jesucristo es y debería ser «HIPERexaltado». Es un concepto con el cual no estamos familiarizados en el siglo XXI. Por eso, muchas traducciones bíblicas agregan dos o más palabras para traducir este término para el cual no tenemos un único equivalente.

¿Qué significa ser «hiperexaltado»? Reflexionemos en lo que implica «hiper». Este término implica que se «exceden los límites». Por ejemplo, cuando un atleta hiper extiende una articulación significa que ha «excedido el límite» del uso normal. Otro ejemplo es cuando alguien está «hiperventilado». Cuando esto ocurre, respiras en exceso, de manera continua y más de lo que se considera normal. Se describe algo que excede todas las acciones y respuestas normales.

Por lo tanto, Filipenses 2:9 nos enseña que debemos asegurarnos de que el Señor Jesucristo reciba más gloria, más alabanza y más honor que todo lo que existió y existirá. ¡Su nombre, Su alabanza y Su gloria deben ser exaltados por sobre todo!

Entonces, ¿cómo traducimos esta palabra de Filipenses 2:9? Bueno, créase o no, ¡TÚ puedes ofrecer una traducción! De esta manera: Tan solo imagina cómo describirías algo que deba ser alabado y exaltado por encima y con mayor pasión que cualquier otra cosa en este mundo, tanto ahora como en el futuro. Exprésalo con la menor cantidad de palabras posibles y habrás captado la naturaleza de este término que parece imposible de traducir. ¡Esto es lo que hicieron los traductores de la Biblia! Considera algunas de las traducciones bíblicas que han aceptado este desafío:

Filipenses 2:9 (Nueva Versión Internacional)

«Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre»

Filipenses 2:9 (La Biblia de las Américas)

«Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre»

Filipenses 2:9 (Nueva Traducción Viviente)

«Por lo tanto, Dios lo elevó al lugar de máximo honor y le dio el nombre que

está por encima de todos los demás nombres»

Filipenses 2:9 (Dios Habla Hoy)

«Por eso Dios le dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres»

Filipenses 2:9 (Traducción en Lenguaje Actual)

«Por eso Dios le otorgó el más alto privilegio, y le dio el más importante de todos los nombres»

Nunca jamás deberían nuestras acciones ni remotamente aproximarse al nivel de atención y de gloria que pertenecen a nuestro precioso Señor. En todo lo que hacemos, debemos atraer todos los ojos hacia nuestro grande y majestuoso Salvador Jesucristo. Cada nota que cantamos, cada sermón que predicamos, cada palabra pronunciada debe usarse para atraer toda la atención hacia Dios. Jesucristo merece mucha más atención, más honor, más gloria y más alabanza que nosotros.

Recuerda el siguiente principio:

Si luego de predicar, enseñar o cantar, la gente habla más de lo «grandiosos» que somos y de lo «impactados» que están con nuestra habilidad y talento en vez de hablar de cuán grande es nuestro Dios, no estamos ministrando bien a las personas.

¿Qué convierte a Jesucristo en merecedor de toda nuestra alabanza? Presta atención a las primeras palabras en Filipenses 2:9 y obtendrás la respuesta. Las primeras palabras son: «Por lo cual». Esto indica que debemos mirar los versículos anteriores para ver qué ha promovido este nivel de alabanza para el

Señor Jesucristo. Filipenses 2:6-8 explica la vida en unidad y humildad de Cristo, así como Su muerte altruista.

Quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Jesús es Dios.

Jesús vino al mundo a servir a Sus criaturas.

Jesús nació como cualquier ser humano.

Jesús se humilló velando Su apariencia gloriosa.

Jesús ofreció Su vida como sacrificio por nuestro pecado.

Jesús murió en una cruz.

... y ¡Jesús resucitó!

POR LO CUAL, Jesucristo merece...

... ser exaltado sin medida

... ser exaltado hasta lo más alto

... ser levantado hasta el máximo sitio de honor

... ser elevado y honrado más que cualquier otra cosa o persona

POR LO CUAL, Jesucristo merece...

... mi total obediencia, a pesar de que mi carne proteste
... mi plena confianza, cualquiera sea la dirección que tome mi vida
... mi absoluto esfuerzo de atraer todos los ojos hacia Su majestad
... mi plena alabanza y adoración

Alabemos Su nombre exaltado

Una vez que nuestro corazón ha incorporado que nuestra alabanza hacia el Señor Jesucristo debería sobrepasar todo otro reconocimiento, necesitamos saber por qué ofrecemos alabanza. Creo que el resto de estos versículos nos permite conocer algunos aspectos de Dios en los que debemos enfocar nuestra alabanza. Podemos conocerlos al examinar los nombres de nuestro Salvador en Filipenses 2:9-11:

Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios el Padre.

Observa que luego de la declaración de que nuestro Salvador debe ser exaltado «hasta lo sumo», el apóstol menciona que Su «nombre» también debe ser exaltado «sobre todo nombre». Pablo relacionó la mención de una alabanza poderosa con un nombre poderoso. La pregunta es: «¿Cuál es ese nombre sobre todo nombre?».

Muchos teólogos han lidiado con este interrogante y arribaron a diferentes conclusiones. De estos versículos podemos extraer tres posibles opciones:

«Jesús»

Algunos concluyen que el nombre «que es sobre todo nombre» es «Jesús» porque el versículo siguiente declara: «para que en el nombre de Jesús se doble...». Este nombre es digno de alabanza. Es el nombre que le pusieron Su madre María y Su padre José cuando nació. Es el nombre que muchos aclamaban cuando Él pasaba, rogándole misericordia y sanidad para sus enfermedades y dolencias. Es también el nombre que Pilato escribió en la placa que puso sobre la cruz de donde Jesús pendió para pagar por nuestros pecados. Simboliza la humanidad del Dios-hombre. Nos gloriamos en que «La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria (la gloria que corresponde al unigénito del Padre), llena de gracia y de verdad» (Juan 1:14). Sin duda, «Jesús» es un hermoso nombre.

«Cristo»

Otros arribaron a la conclusión de que el nombre «que es sobre todo nombre» es «Cristo» porque significa: «el ungido». «Cristo» no es el segundo nombre de Jesús sino un título que denota la función del Salvador prometido que fue especialmente enviado por el Padre a este mundo para librarnos de la maldición del pecado. El «Cristo» fue predicho en el Antiguo Testamento y prometido por los profetas. El apóstol Pedro reconoció la conexión entre las predicciones del «Cristo» en el Antiguo Testamento y de Jesús como «el Cristo». Juan 6:68-69 registra la confesión de Pedro: «Simón Pedro le respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído, y sabemos, que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”». Por lo tanto, «Cristo» es un nombre digno de alabanza.

Sin embargo, hay otro nombre mencionado en estos versículos, al que posiblemente se refiera Pablo al declarar: «un nombre que es sobre todo nombre». Y es el nombre que el lector de la carta a los Filipenses solo ha visto dos veces antes de llegar a Filipenses 2:11.

«Señor»

Quien lee la carta a los Filipenses se ha topado con este nombre en solo dos ocasiones (1:2,14) antes de verlo aquí en Filipenses 2:11. El apóstol usó este nombre de manera indirecta en las dos referencias previas incluyéndolo en cláusulas gramaticales menores, sin siquiera ponerlo como sujeto de la oración. Es como si Pablo a propósito hubiera pospuesto cualquier atención significativa sobre este nombre único hasta que el lector llegara a este verso de enorme profundidad. ¿Por qué haría algo así? Posiblemente, por el significado del nombre «Señor».

La raíz de «Señor» significa: «amo», «soberano» o «autoridad». Y desde el ingreso del pecado en el mundo, el corazón humano ha ansiado controlar su propia suerte y destino y ha luchado contra la dirección y la autoridad definitivas del soberano Señor. Pareciera que en un versículo que habla de «toda rodilla» doblada y «toda lengua» que confiesa «que Jesucristo es el Señor», tendría que haber una razón para adherir de manera inmediata e inequívoca a esta orden antes de recibir la directiva. Si las Escrituras dijeran simplemente: «Su atención por favor: Todos se arrodillarán y adorarán al Señor», muchos podrían preguntar: «¿Por qué debo hacerlo?». Ahora, nosotros como creyentes, no tenemos problemas en recibir una orden de adorar al Señor, nos den o no una razón para hacerlo. Sin embargo, presta atención a la audiencia que recibe esta orden: «toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra» (Fil. 2:10).

Están los que reciben esta orden y no son creyentes en Jesucristo. Esta instrucción se aplica a todos y a todo lo que haya existido alguna vez. Por tanto, si el negativo pregunta: «¿Por qué debo hacerlo?», tiene que haber una razón sumamente fuerte y lógica por la que debería doblar sus rodillas. Y por cierto hay incluso razones más que convincentes por las que todo el mundo debería doblar sus rodillas en forma voluntaria y agradecida ante el Señor Jesucristo.

Vuelve a considerar la expresión «por lo cual» al comienzo del v. 9. Esta expresión nos remite a Filipenses 2:6-8 y su profunda descripción de la vida y la muerte de nuestro Señor. Esta alabanza incomparable es debida al Señor por el sacrificio y el servicio sin parangón del soberano Dios, tal como lo registran estos preciosos versos.

¡Los tres nombres son dignos de alabanza! Y centrarse en el significado y la importancia de cada uno sería un maravilloso ejercicio para realizar en un grupo de debate, durante el tiempo devocional o en una serie de sermones. No obstante,

me parece que el nombre al que alude el apóstol Pablo en estos versículos es aquel que nuclea Su poder, Su control y Su merecimiento de alabanza: «se doble toda rodilla [...] y toda lengua confiese que Jesucristo es el SEÑOR...» (Fil. 2:10a,11a).

Todo aquel que cultive la mente de Cristo tiene un corazón que ansía alabar el nombre del Señor Jesucristo. Si eres creyente, la alabanza al Señor debería estar presente cada vez más durante tu tiempo de oración, de adoración o de estudio de la Palabra de Dios. Incluso cuando no sientas pasión por la Palabra, es el Espíritu Santo en tu vida quien te convencerá de la necesidad de confesar el pecado y regresar a una actitud de alabanza al Señor.

¿Alabanza «forzada»?

¿Y qué de las personas que jamás desean alabar al Señor como Creador y Sustentador del mundo, el Hijo de Dios sin pecado, el Ungido de Dios, amo y Señor de todo? La mención de «toda rodilla» y «toda lengua» en Filipenses 2:10-11 nos genera una interesante pregunta: «Si indudablemente habrá personas que jamás decidan acceder al conocimiento de Jesucristo, ¿acaso Dios las forzará a alabarlo? Y en ese caso, ¿cuál es el beneficio de forzar a alguien a alabarlo sin una actitud sincera?».

Esta excelente pregunta va a la esencia misma de lo que es «alabar» y al centro del mensaje del evangelio. Además, nos permite analizar las consecuencias de decidir no aceptar la verdad sobre la deidad de Cristo, Su muerte expiatoria y Su resurrección. En síntesis, la respuesta es: «Sí, todo aquel que alguna vez haya existido un día “alabará” el nombre del Señor Jesucristo. No obstante, no todos los que digan: “Jesucristo es el Señor” serán auténticos creyentes». Pasaré a explicarlo.

La pura y verdadera adoración a Dios jamás es forzada. Es correcto pedirla, exigirla e incluso ordenarla; pero no agrada al Señor a menos que parta de un corazón puro y sinceramente deseoso de darle a Él la alabanza debida. No obstante, estos versículos van un paso más allá y nos brindan una visión adicional de la naturaleza de lo que es realmente la alabanza y lo que se necesita cuando en verdad adoramos al Señor Jesucristo.

Veamos una palabra clave en Filipenses 2:11 para sacar algunas conclusiones. Cuando Pablo escribió la palabra «confiese», usó un vocablo que significa «reconocer abiertamente» o «admitir en público». Es más, empleó un término legal de su época que se usaba para aquellos que comparecían ante un magistrado y abiertamente reconocían los cargos de los que se los acusaba. Quizás no estuvieran de acuerdo con los cargos, y hasta podían oponerse. Sin embargo, debían al menos «reconocer abiertamente» o «admitir en público» los cargos en su contra. Los magistrados le pedían al acusado que abiertamente reconociera los cargos para que no hubiera lugar a confusión de por qué había sido llamado a comparecer ante la corte. La idea es esta: todos, en todo el mundo (los que alguna vez hayan existido sobre la faz de la tierra) un día «reconocerán abiertamente» o «admitirán en público» que «Jesucristo es el Señor». Algunos quizás no quieran reconocer la verdad de esa declaración. Otros tal vez rechinen los dientes con absoluto desdén. Sin embargo, será irrefutable cuando cada persona mire a los ojos al Señor resucitado en toda Su gloria y majestad. Deberán admitir que Jesús es el Cristo y el Señor sobre todo. No habrá debate ni cuestionamientos a esta realidad. Sin embargo, este reconocimiento no será una «alabanza» como los creyentes en Jesucristo lo considerarían. Esta es una promesa de que habrá muchos que sencillamente reconocen lo que antes resistieron: que Jesucristo es el Señor. Verás, no hay ateos ni agnósticos en el infierno, solo aquellos que albergan absoluto desdén por Aquel que bien saben que merece ser el Señor de sus vidas. Ya no dudan de Su existencia, pero declinaron aceptar Sus caminos.

Lo que convierte a Filipenses 2:10-11 de mero «conocimiento» a auténtica «alabanza» es el corazón del cual fluyen las palabras. Si parten de un corazón puro que ansía ofrecer a Dios la alabanza debida a Su nombre por quién es y lo que ha hecho, estas palabras serán un dulce sonido a oídos de Dios. Porque el Señor no juzga las declaraciones del hombre, sino el corazón de la persona que las expresa. El primer libro de Samuel nos recuerda esta verdad: «Pero el Señor le dijo: “No te dejes llevar por su apariencia ni por su estatura, porque éste no es mi elegido. Yo soy el Señor, y veo más allá de lo que el hombre ve. El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero yo miro el corazón”» (16:7). Dios se preocupa por la sinceridad del corazón más que por la articulación de las palabras.

Resulta interesante que cuando el apóstol Pablo plantó la iglesia de Filipos, tuvo este mismo problema. Había allí una mujer que ofrecía continuamente «alabanzas» huecas a Dios sin un corazón sincero. Diez años antes de que se

escribiera la carta a los Filipenses, Pablo estaba en Filipos predicando el evangelio y guiando a muchos al conocimiento salvador de Jesucristo. La Biblia nos cuenta sobre esta mujer que lo seguía y gritaba que era un ungido (Hech. 16:18). ¿Qué decía ella que tanto perturbó a Pablo? ¿Pronunciaba palabras blasfemas contra Dios? ¿Difamaba al apóstol?

En realidad, lo que molestó y consternó el corazón de Pablo fueron las siguientes palabras: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, y les anuncian el camino de salvación» (Hech. 16:17b).

¿Qué hay de malo en estas palabras? ¿No es acaso lo que quisieras que todos y cada uno reconociera abiertamente? ¿No es exactamente aquello por lo cual todos doblarán sus rodillas y reconocerán como verdadero? Entonces, ¿por qué se molestó el apóstol Pablo?

La respuesta es la siguiente: ella no creía en su corazón lo que afirmaba. No confiaba en las frases que anunciaba públicamente. Hechos 16:18-19 explica que en aquel momento su corazón no tenía ningún interés en convertirse en creyente en Jesucristo, sino que declaraba estas palabras como una burla para opacar la proclamación del evangelio que hacía el apóstol Pablo.

Esto confirma que la verdadera alabanza a Dios, la que honra Su nombre, requiere mucho más que palabras. La auténtica alabanza que honra a Dios requiere un corazón que primero reconozca su pecaminosidad y su necesidad de la limpieza de Jesús. Luego, debe desear tener cada día la mente de Cristo. Al hacerlo, el corazón de esta persona estará agradecido a Dios por lo que Él es y por lo que Él ha hecho por todos. Entonces, y solo entonces, las palabras que salgan de la boca de esa persona pasarán de ser un mero «reconocimiento» a ser una auténtica y pura «alabanza».

¿Has doblado tu rodilla?

Luego de reflexionar en las gloriosas enseñanzas de Filipenses 2:9-11, creo que debes responder una pregunta sincera: «¿Has doblado tu rodilla?». Tal como lo mencioné, la Biblia afirma que llegará el día en que todos reconocerán que Jesucristo es el Señor. Todos, antes de abandonar este mundo, deberán

confrontar esta verdad y decidir si van a creer y depositar su confianza en el Señor Jesucristo como Salvador o si seguirán sin reconocer esta verdad. Mi ruego es que si no has confiado en Jesucristo todavía, hoy mismo dobles tu rodilla.

Quizás has esperado demasiado para tomar en cuenta la verdad de Jesucristo. A lo mejor has estado leyendo este libro, pero jamás entregaste tu corazón ni tu vida al Señor Jesús. Ahora que has leído sobre el precio que fue pagado por nuestro Señor Jesucristo en la cruz siendo sin pecado, y Su ejemplo de amor altruista por ti (cap. 4), te aliento a que ahora mismo decidas confiar en Jesucristo para la salvación de tu alma. En 2 Corintios 6:2b leemos: «Y éste es el momento oportuno; éste es el día de salvación».

Dios es paciente y sufrido, y te permitirá considerar y analizar las verdades sobre Jesucristo. Como lo expresa 2 Pedro 3:9: «El Señor no se tarda para cumplir su promesa, como algunos piensan, sino que nos tiene paciencia y no quiere que ninguno se pierda, sino que todos se vuelvan a él». No obstante, llega el momento de tomar una decisión. Cuando tu corazón ha recibido las verdades simples y claras sobre quién es Jesús, lo que ha hecho por ti y tu necesidad de salvación, ha llegado el momento de aceptarlo como tu Salvador.

Es mi oración que te entregues de corazón al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios sin pecado, para que perdone tus pecados, pague la deuda de tu corazón pecaminoso y salve tu alma del castigo eterno. Ruego que le pidas a Dios que te salve y sea tu Señor y Salvador.

Una oración a Dios

Señor,

Sé que estoy muy lejos de tu gloria. Reconozco que mi corazón no es puro, ni santo, ni aceptable para ti. Sé que es mi culpa y por eso acudo a pedirte que me

perdones. Por favor, Señor, perdóname. Perdóname todos mis pecados.

Creo que eres el Hijo de Dios sin pecado.

Creo que moriste en la cruz para pagar por mis pecados.

Creo que tu muerte es el único y suficiente pago para saldar mi deuda de pecado.

Creo que resucitaste y así probaste que eras capaz de perdonar los pecados.

Creo que hoy vives y escuchas esta oración.

Y creo en tu promesa de que si te pido que salves mi alma ¡lo harás!

Por eso, te ruego que me perdones y me hagas un hijo de Dios.

Salva mi alma del castigo del pecado.

Por favor, ¡sálvame HOY!

¡Gracias, Señor, por salvar mi alma!

Ahora ayúdame a vivir una vida que te honre y te exalte.

Que a partir de ahora no viva por obligación ni coacción sino por la enorme gratitud que siento por lo que has hecho por mí.

Desde ahora, ayúdame a cultivar la mente de Cristo.

¡Gracias! ¡Te amo, Jesús!

Amén

Si ya pusiste tu fe en Jesucristo como Salvador, quisiera que te hagas las siguientes preguntas: «¿Mi lengua pronuncia mero “reconocimiento” o una auténtica “alabanza” a Dios?»; «¿son mis palabras de alabanza una mera rutina o vana repetición, o surgen de un corazón rebosante que ha meditado en la Palabra de Dios, Su carácter, Su sacrificio y Su resurrección?».

Si eres creyente en Jesucristo, es mi oración que tus palabras no sean una mera repetición mecánica de actos de liturgia, ¡sino una auténtica y sentida ofrenda de pura alabanza a Dios!

Resumen

A partir de Filipenses 2:9-11, este capítulo explica cómo mantener un equilibrio bíblico al alabar a una persona y al alabar a Dios. El «equilibrio» adecuado en esta cuestión se puede comparar con un subibaja totalmente inclinado hacia un lado. La cantidad de alabanza que ofreces a Dios debería ser tanto más abundante que, en comparación, «volcara la balanza» a favor de Jesucristo.

La Biblia afirma que si obedecemos las órdenes de Dios y le demostramos fidelidad, entonces Él nos va a «jupsóo» (exaltar). No obstante, el apóstol Pablo usa un término en Filipenses 2:9 que es tan exclusivo que no estamos habituados a traducirlo. Literalmente, Filipenses 2:9 enseña que Jesucristo es y debe ser «¡HIPEReXaltado!». De ahí que deberíamos buscar maneras de ministrar a las personas de forma tal que comprendan cuán grande es nuestro Dios.

¿Qué hace a Jesucristo merecedor de toda nuestra alabanza? Hemos visto los tres nombres que se aplican a nuestro Salvador en Filipenses 2:9-11: «Jesús», «Cristo» y «Señor». Lo que estos tres nombres representan es lo que hace que nuestro Salvador sea merecedor de toda alabanza.

También descubrimos que lo que transforma un mero «reconocimiento» público en auténtica «alabanza» es el corazón del cual brotan las palabras. Luego, fuimos alentados a tomar la decisión de confiar en Jesucristo para la salvación del alma. En 2 Corintios 6:2b, leemos: «Y éste es el momento oportuno; este es el día de salvación». Por último, quien ya haya aceptado a Cristo fue desafiado a preguntarse lo siguiente: «¿Mi lengua pronuncia meros “reconocimientos” o auténticas “alabanzas” a Dios?».

La alabanza puesta en práctica

Antes de participar en un culto de adoración grupal, dedica unos momentos a orar y a pedirle al Señor que primero te limpie de cualquier pecado o distracción que pudiera hacer que tus palabras sean un mero reconocimiento público y no una ofrenda genuina de auténtica alabanza al Señor Jesucristo. De ser necesario, quédate unos instantes en tu automóvil antes de entrar al templo y pídele al Señor que te perdone y que enfoque tu mente en la hiperexaltada Persona y obra de Jesucristo. Si ya estás en tu asiento en el templo y comienza el culto de adoración, quizás puedas permanecer sentado unos minutos más y elevar a Dios

una oración para asegurarte de que ingresas a la adoración con una auténtica alabanza como Cristo merece.

Esta semana, cuando hables de asuntos espirituales con hermanos en la fe, usa palabras de alabanza sentidas y de corazón. Pon especial atención si solías pronunciar palabras que parecían de alabanza pero eran dichas sin demasiado propósito ni consideración.

Comprométete ante Dios para que esta semana todas tus oraciones sean reflexivas, sustanciales y sinceras. Evita el uso de palabras que no estén respaldadas por un profundo y sincero significado e intención. Por ejemplo, quizás hayas caído en el hábito de prometerles a las personas: «Oraré por ti», cuando en realidad jamás tuviste la intención de hacerlo. O, cuando oras, no abundes en expresiones tales como: «Señor, bendice esto... bendice lo otro...», etc. Que tus oraciones sean sustanciales y reflexivas. Prométele a Dios que solo orarás palabras sentidas que provengan directo de tu corazón sincero, rebosante de alabanza. Esto quizás te lleve un tiempo para enfocar tus pensamientos, o tal vez necesites unos momentos de pausa y reflexión para no prorrumpir en una oración donde las palabras fluyan con rapidez y sin sentido.

Guía a tu familia a la alabanza y la adoración a Dios. No se trata de pararte frente a tu familia, como si estuvieran en el culto pero en la sala de tu hogar, y dirigir así las estrofas de un conocido himno. Para guiar a tu familia en auténtica alabanza, debes dar el ejemplo y hablar de asuntos espirituales de una manera sincera, reflexiva y agradecida. ¡Ánimo! Tu compromiso de ser «ejemplo» podría ser de mayor influencia para tu familia (incluso más que cualquier sermón, conferencia o libro), ¡porque enfocarse como familia en cuestiones espirituales y alabar juntos al Señor puede ser realmente revolucionario!

Lee este capítulo con tu grupo de debate o de estudio bíblico y continúen con la argumentación. Intenten relacionar la enseñanza de este capítulo con otras porciones de la Biblia que sostengan la postura de que la auténtica y pura alabanza debe provenir de un corazón obediente y sumiso a Dios. Además del ejemplo de la mujer de Hechos 16, busca otros ejemplos en la Biblia que muestren la desafortunada imagen de personas que han ofrecido oraciones o «alabanzas» a Dios desde un corazón que no tenía la postura espiritual correcta. Por otro lado, intenten hallar ejemplos bíblicos de personas que han ofrecido alabanzas a Dios con un corazón puro y sincero. Luego, aliéntense unos a otros a resguardarse de ofrecer alabanza que no parta de un corazón puro y anímense a

alabar con sinceridad ante el trono de Dios. Finalicen el encuentro con un tiempo de oración que permita evaluar si el corazón está listo para orar y alabar al Señor con la actitud correcta.

Una oración

Señor,

Mi corazón está henchido de gozo por lo que eres y por tu obrar en mi vida. Te alabo por haberme salvado y hacerme tu hijo. Eres mi todo y anhele estar donde tú estás. Te ruego que me limpies por completo para que mi adoración carezca de obstáculos.

Que mis palabras sean ferviente expresión de alabanza respaldadas por un corazón sinceramente agradecido. Atráeme a ti. Deseo estar bien cerca de quien me creó. Quiero que mi alabanza surja de un corazón puro. Tú eres digno de toda mi adoración.

Que las palabras de mi boca te alaben.

Amo lo que eres y todo lo que has hecho por mí.

¡Te alabo, Jesús!

Amén.

Capítulo seis

La «mente de Cristo» ¡produce esperanza!

(versículos seleccionados de Filipenses)

En las primeras palabras de la introducción de este libro te prometí que:

¡Puedes conocer la mente de Cristo!

¡Hay pasos concretos para descubrir y aplicar la mente de Cristo a la vida cotidiana!

Es más, ¡puedes descubrir cómo vivir con La mente de Cristo antes de terminar de leer este libro!

¡Puedes incluso enseñar a otros cómo vivir con La mente de Cristo!

Al principio, pudo haber sonado como un argumento de venta, de esos que son «demasiado buenos para ser verdad». Sin embargo, al avanzar en la lectura, confío en que hayas observado que la mente de Cristo no es un misterio incomprensible. Dios no juega «a las escondidas» con sus instrucciones sobre la mente de Cristo. No se trata de algo oculto a la vista para que tú lo busques con

diligencia con la esperanza de hallarlo antes de que sea demasiado tarde. Dios lo muestra abiertamente y con claridad en Filipenses para que Sus hijos puedan ser uno con Él. Y luego de estudiar la clara, simple y profunda enseñanza de la mente de Cristo, que se encuentra en Filipenses 2:2-11, encaramos este capítulo con un amplio entendimiento sobre lo que es con exactitud la mente de Cristo y cómo puedes aplicarla a tu vida.

Hay una promesa adicional si te esfuerzas por alcanzar la mente de Cristo. Esta producirá tanto gozo como frustración en tu corazón:

¡La mente de Cristo te hará anhelar estar en el cielo con Jesús!

Cuanto más acomodamos nuestra mente al conocimiento de Cristo y nos conducimos de manera que honre a Dios, más anhelaremos estar en Su presencia. En muchas oportunidades en la carta a los Filipenses, el apóstol Pablo hace referencia al futuro, cuando estaremos con nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Cuanto más cultivemos la mente de Cristo aquí en este mundo, más deseará nuestro corazón alabarlo cara a cara. Cuanto más confesemos el pecado y lo «hiperexaltemos» con auténtica alabanza, más ansiaremos adorarlo en Su misma presencia. Será un día glorioso cuando finalmente podamos adorarlo a Sus pies.

Con frecuencia, Pablo alentó a los creyentes que anhelaban estar con Cristo. Les recordó el glorioso día cuando estemos con Él y podamos adorarlo cara a cara. Además de la carta a los Filipenses, el apóstol ofreció muchas palabras de ánimo a los creyentes de la iglesia de Tesalónica. Es más, los cinco capítulos de 1 Tesalonicenses finalizan con un versículo sobre el momento en que los creyentes estén en la presencia del Señor Jesucristo:

1 Tesalonicenses 1:10

Y esperar de los cielos a Jesús, su Hijo, a quien Dios resucitó de los muertos, y que es quien nos libra de la ira venidera.

1 Tesalonicenses 2:19-20

*Porque ¿cuál es nuestra esperanza o gozo delante de nuestro Señor Jesucristo?
¿De qué corona puedo vanagloriarme cuando él venga, si no es de ustedes?
Porque son ustedes el motivo de nuestro orgullo y de nuestro gozo.*

1 Tesalonicenses 3:13

Para que se fortalezca su corazón y sean ustedes santos e irrepreensibles delante de nuestro Dios y Padre, cuando venga nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.

1 Tesalonicenses 4:17-18

Luego nosotros, los que aún vivamos y hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para recibir en el aire al Señor, y así estaremos con el Señor siempre. Por lo tanto, anímense unos a otros con estas palabras.

1 Tesalonicenses 5:23

Que el mismo Dios de paz los santifique por completo; y que guarde irrepreensible todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, para la venida de nuestro Señor Jesucristo.

En 2 Corintios 12:4, Pablo menciona que «fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que a ningún hombre se le permite pronunciar».

Si has desarrollado la mente de Cristo, estas referencias sobre estar en la presencia del Señor hacen que tu corazón ansíe estar con Jesús. La carta a los Filipenses contiene expresiones de aliento similares que nos animan a seguir viviendo con la mente de Cristo porque un día estaremos con Él.

Acompáñame en un recorrido por algunos versículos selectos de Filipenses que serán de aliento a tu corazón y te harán ansiar ir a tu hogar celestial. Por otro lado, sabiendo que tenemos la esperanza de una morada en el cielo, estos versos nos animarán a seguir viviendo con la mente de Cristo en nuestro ministerio aquí en la Tierra.

Pasión por las personas contra pasión por el hogar

Filipenses 1:21

Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.

En este versículo, Pablo sopesa su preferencia personal entre permanecer en este mundo con los creyentes a quienes ama y partir hacia su hogar con el Señor. El apóstol no está tomando la decisión final en cuanto al momento en que partirá de este mundo ni declara tener la autoridad para tomar semejante decisión. Él, como muchos de nosotros de tanto en tanto, soñaba con los beneficios de ir al hogar celestial para estar con el Señor. Lo sabemos porque la palabra «ganancia» no significa «correcto»; como si supiera cuál era la «decisión correcta». En cambio, «ganancia» significa «mejor» y expresa una idea comparativa. Pablo estaba comparando las opciones desde su perspectiva personal. Sabía que ganaría mucho al partir de este mundo y dirigirse al hogar con el Señor.

Mientras nada sería «mejor» para él que ir al hogar celestial a estar con el Señor, explica la batalla espiritual que permanece; es decir, su deseo de también quedarse aquí y ayudar a crecer a los creyentes y seguir cultivando la mente de Cristo en su vida personal y comunitaria.

Filipenses 1:22-24 Pero si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Por ambas cosas me encuentro en un dilema, pues tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de

ustedes.

El apóstol hace de cuenta por un momento que la decisión depende de él y elige quedarse por el bien de aquellos a quienes está ministrando: los filipenses. Su ejemplo es también otra manera de poner en práctica la mente de Cristo antes de predicarles en Filipenses 2.

Tener la mente de Cristo hizo que Pablo viera con la perspectiva correcta el valor de sus amigos, su familia y sus hermanos en la fe. Estos versículos captan la lucha entre regocijarse en ir al hogar celestial sabiendo, al mismo tiempo, que podría alentar a más y más creyentes a vivir con la mente de Cristo. Y, en consecuencia, más personas traerían más gloria a Dios.

Ciudadano de Roma contra ciudadano del cielo

Filipenses 3:20-21a Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; él transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea semejante al cuerpo de su gloria, por el poder con el que puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

En estos versículos, Pablo intenta recordarles a los ciudadanos de Filipos que no estaban con el Señor donde sus corazones sin duda anhelaban estar. En cambio, tenían una responsabilidad terrenal de ser testigos de la «luz» de Jesucristo. Para ilustrar este punto, Pablo traza una comparación con la cual los habitantes de Filipos se identificaban.

El apóstol hizo una comparación de la ciudadanía del pueblo de Filipos para poder referirse a la ciudadanía en el cielo. Filipos se consideraba una «colonia» romana (Hech. 16:12). Una colonia era una pequeña ciudad que pertenecía a

Roma y estaba bajo su gobierno, aunque estaba a considerable distancia de esta. Roma establecía colonias por todo el mundo conocido para proteger sus intereses en esas zonas geográficas. Por tanto, los ciudadanos que habitaban cualquier colonia romana debían ser leales hasta la muerte. Para asegurarse esa lealtad, Roma solía enviar a estas ciudades ex líderes políticos, civiles y militares que habían servido en Roma muchos años. Cuando los jubilaban, Roma les ofrecía tierras y propiedades para tentarlos a vivir en estas colonias. En definitiva, Filipos era una gran comunidad de jubilados romanos.

Además de tierras y vivienda, Roma investía a cada ciudadano de la colonia con los derechos y los privilegios de los ciudadanos romanos. Por ejemplo, se les prometía la total protección del ejército romano ante cualquier ataque o revuelta civil en su comunidad. Además, ningún ciudadano recibiría jamás el más horrendo castigo capital: la muerte en la cruz. Tampoco podían ser azotados en público, cualquiera fuera el delito cometido.

A cambio, Roma exigía lealtad absoluta entre sus ciudadanos. Bajo ningún concepto podían alzarse y protestar contra el accionar o las decisiones del César. Todo ciudadano de la colonia debía cumplir con las leyes, los impuestos y las políticas del gobierno romano. Si un ciudadano de una colonia decidía rebelarse contra los intereses de Roma, esta se aseguraría de que el ciudadano perdiera todo lo que le habían dado como jubilación. Afortunadamente para Roma, los ciudadanos de Filipos jamás se rebelaron ni iniciaron una revuelta en contra de los intereses romanos en la época del apóstol Pablo.

Muchos de los ciudadanos recordaban cómo vivían en Roma. Por tanto, se gozaron ante el anuncio de que un individuo de alto rango de Roma vendría a visitar la colonia. Por lo general, las colonias se esmeraban para recibir la visita de un dignatario, un oficial de gobierno de alto rango o uno de los heraldos del emperador. Una de las maneras en que se preparaban para el arribo del dignatario romano era repavimentando las calles. Muchos se sumaban como voluntarios porque consideraban un honor realizar esta tarea de mejorar el camino del rey.

Por lo tanto, Pablo reunió todas estas imágenes en un versículo para mostrar que, como creyentes en Jesucristo, estamos lejos del hogar. Sí, todos ansiamos estar en casa y experimentar el gozo de nuestra morada permanente, pero somos extranjeros en tierra extraña. Siempre debemos recordar que aun así contamos con todos los derechos y los privilegios del cielo. Se nos ha prometido la

protección del Señor y la plena promesa del Rey del cielo, que afirmó: «No te desampararé ni te dejaré» (Heb. 13:5). Debemos estar persuadidos «de que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

Mientras estemos en este mundo, debemos funcionar como ciudadanos leales del cielo, en plena y absoluta conformidad con las verdades y las directivas establecidas por el afectuoso y majestuoso Rey de reyes y Señor de señores. No obstante, a diferencia de los ciudadanos de Filipos, no obedecemos al Señor por temor ni por obligación, sino por gratitud por todo lo que nuestro Salvador ha hecho por nosotros. Por eso, desarrollar la mente de Cristo mientras estamos en este mundo no solo es una actividad espiritual necesaria que guardará nuestra mente y nuestro corazón del error, sino que también es la manera en que demostramos al Señor Jesucristo que permanecemos leales a Él, como Sus siervos.

Y mientras estamos en este mundo, «esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (3:20). Así como los ciudadanos de Filipos esperaban ansiosamente la llegada del dignatario romano a su colonia, nosotros también esperamos con gran expectativa la llegada de nuestro Rey, el Señor Jesucristo. Filipenses 3:11 nos promete que algún día veremos al Señor. Más allá de la manera o los medios, algún día seremos resucitados y veremos al Señor cara a cara. Filipenses 3:11 (NTV) declara: «para poder experimentar, de una u otra manera, la resurrección de los muertos». Como Pablo, ¡ansiamos el día en que nos visite nuestro Rey!

Entonces, todos los creyentes del mundo se comparan con «un trozo de cielo en la Tierra». Así que tiene sentido que quienes representan al Cristo celestial manifiesten la mente de Cristo. Como ya dijimos, no obedecemos al Señor por temor ni presión sino por gratitud debido a lo que nuestro bendito Salvador ha hecho por nosotros. Es necesario para nuestro crecimiento espiritual y nos corresponde como ciudadanos del reino obedecer a nuestro Rey, como prueba de que somos ciudadanos reales.

Vivir con la esperanza del cielo: ¿cómo debemos vivir?

Estas declaraciones son vívidas y las promesas solo fomentan un mayor deseo en

nuestro corazón de estar con Jesús. De ahí que los mismos pensamientos que producen gozo a nuestro corazón también aumenten el nivel de una frustración comprensible en nosotros, porque todavía no estamos con el Señor.

Resulta irónico que cuanto más amamos a Dios, más expectantes estamos de nuestra llegada al hogar con Él. Además, cuanto más lo amamos, más deseamos hacer todo lo posible para alentar a otros a crecer espiritualmente y a convertirse en gigantes espirituales para el Señor.

No tengo manera de predecir cuándo regresará Cristo, ni tampoco lo intentaría. Sencillamente debemos dejar que la esperanza del cielo nos motive a alabarlo, a orar y a mantener nuestros corazones concentrados en que algún día estaremos en un lugar donde alabar al Cordero de Dios será nuestra eterna prioridad. No obstante, hasta entonces, nuestro corazón debe concentrarse en lo que sabemos que debe reinar en nuestro pensamiento: vivir con la mente de Cristo y alentar a nuestros amigos, familia y hermanos en la fe a que también lo hagan.

A quien mucho se le da... mucho se le reclama

Según Filipenses 2:2-4, resulta claro que la mente de Cristo no se aplica a ti basada en tus años de asistencia perfecta a la Escuela Dominical, al dinero que ofrendas en la iglesia ni a las personas que conoces. Tampoco se te aplica automáticamente por haber nacido en la familia «correcta», ni es algo que puedes recibir por voluntad de tus amigos, tu familia ni del liderazgo de tu iglesia. No depende de memorizar credos, dogmas ni versículos bíblicos. Por el contrario, la prueba de que tienes la mente de Cristo es que manifiestes la mentalidad tripartita que enseña Filipenses 2:2-4.

Aprendimos que primero debes preguntarte si tienes una actitud de UNIDAD. Se te brindó una «lista de unidad», basada en Filipenses 2:2 (unidad en el afecto, unidad en el espíritu, unidad de propósito). Si puedes marcar todas las acciones de esa lista de unidad luego de cada interacción que tengas, puedes alabar al Señor por haberte provisto de la guía perfecta a través de Su Palabra, para saber que estás viviendo una vida de unidad bíblica.

La segunda actitud de esta mentalidad tripartita es la HUMILDAD. Según

Filipenses 2:3, para poder saber que vives con una actitud de humildad bíblica, aprendimos que en primer lugar tienes que examinarte y estar seguro de que has erradicado de tu vida dos ingredientes pecaminosos: un corazón que se autopromociona y un ego inflado. Vimos que estos dos ingredientes pecaminosos deben eliminarse mediante la confesión, y que tu corazón debe reenfocarse en hacer todo lo necesario para evitar robarle la gloria a Dios. Se dijo además que debes estar consciente del daño que el orgullo puede producir en tu vida y ministerio. Citamos estas palabras: «El orgullo no tiene favoritos». Dijimos también que el orgullo se apoderará de ti si le abres el corazón a sus mentiras y finalmente destruirá tu testimonio. Luego, te prometí que si sigues las enseñanzas de Filipenses 2:3 con humildad, podrás alabar al Señor por haberte provisto de la guía perfecta a través de Su Palabra, para saber que estás viviendo una vida de humildad bíblica.

La tercera actitud en esta mentalidad tripartita es la ABNEGACIÓN. En Filipenses 2:4, viste que debes siempre concentrarte en los intereses físicos y espirituales de los demás, en vez de siempre enfocarte en los propios. Recibiste la promesa de que si sigues las enseñanzas de abnegación halladas en Filipenses 2:3, podrás alabar al Señor por haberte provisto de la guía perfecta a través de Su Palabra, para saber que estás viviendo una vida de abnegación bíblica.

Reflexionaste en los versículos que describen el ejemplo de la vida de Jesucristo. Has leído varias veces Juan 13:15, que afirma: «Porque les he puesto el ejemplo, para que lo mismo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan». Has visto que Jesucristo, la Cabeza de la iglesia, el Autor y Consumador de nuestra fe, el Hijo de Dios sin pecado, vivió conforme a esta mentalidad tripartita. Aprendimos que corresponde que aquellos a quienes Él ha redimido también manifiesten esta misma mentalidad.

Reconociste que, aun mientras Jesús habitó en este mundo, la Deidad jamás experimentó una fractura en la unidad (v. 6). Reflexionaste en las tareas que Jesús realizó mientras estuvo en este mundo, que demostraron un corazón de servicio y humildad (vv. 7-8a). Experimentaste angustia cuando tratamos de digerir el tremendo impacto del sacrificio altruista de Jesús en la cruz, en el v. 8. Fuiste aconsejado de no predicar ni cantar sobre la cruz de Cristo sin un profundo reconocimiento del precio que fue pagado por nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Aprendiste que, como resultado, la mente de Cristo producirá alabanza hacia

quien te ha salvado y te sustenta en la esperanza de Su venida. Vimos que cuanto más anheles cultivar la mente de Cristo, más conocerás sobre el Salvador y desearás verlo y agradecerle por todo lo que ha hecho por ti.

Hemos aprendido todas estas maravillosas verdades sobre la mente de Cristo.

AHORA, ¡debes pedir sabiduría a Dios para poder obedecer estas verdades!

Has descubierto que la mente de Cristo es una decisión personal que afecta tu corazón. Debe cultivarse cada día y controlarse una y otra vez, ¡a cada momento, de ser necesario! No debemos permitir que nuestras circunstancias eviten que desarrollemos la mente de Cristo. ¡Es una cuestión de elección y de obediencia!

¿Decidirás hoy mismo tener la mente de Cristo? ¿Harás lo que sea necesario para manifestarla cada día de tu vida? ¿Elegirás obedecer Su preciosa Palabra? Ruego a Dios que comiences ahora mismo. Y en la esperanza del regreso del Señor, ¡es mi oración que Él nos encuentre a todos viviendo con la mente de Cristo!

Una oración

Señor,

Mi corazón no puede dejar de repasar todo lo que me has enseñado en la carta a los Filipenses. ¡Gracias por darme un atisbo de tu gloria! Tu Palabra es tan profunda y a la vez tan simple. Gracias por ser mi gran Maestro. Te ruego que siempre me infundas sed por tu Palabra. Gracias por tu dirección, tu amor, la esperanza y la salvación. Mi corazón rebosa de gozo por lo que eres y por tu obrar en mí. Te alabo por haberme salvado y hacerme un hijo tuyo. Soy tan indigno, pero sin embargo tú me consideras «precioso». Gracias.

Ahora, Señor, quiero pedirte por mis hermanos en Cristo que han reflexionado junto a mí sobre tu grandeza, tu majestad, tu ejemplo y tu mente. Te ruego, oh Señor, que infundas en ellos un anhelo profundo de obedecer tu Palabra. Que sus oraciones sean sentidas y sinceras. Que su alabanza no sea un mero reconocimiento público de tu gloria, sino auténtica adoración que parte de un corazón que manifiesta la mente de Cristo.

¡Eres digno de toda la alabanza! ¡Exaltamos tu nombre sobre todo nombre!

¡Gloria sea a ti, Jesús!

Amén.

Apéndice

Estructura gramatical de Filipenses 2:1-11

Un enfoque académico accesible

Conocer el contexto de determinado versículo es destrabar su más vívido significado. Por tanto, para obtener la más clara comprensión de Filipenses 2:1-11, dedicaremos unos minutos a analizar con paciencia algunas cuestiones gramaticales y literarias que nos brinda el contexto. ¡Ánimo! Un poco de análisis en profundidad nos ofrecerá preciadas perlas de verdad. Comencemos por analizar la estructura gramatical.

Estructura gramatical de Filipenses 2:1-11

La estructura de Filipenses 2:1-11 brinda los parámetros de aplicación del versículo. El análisis del contexto estructural de un pasaje de la Escritura es como los ejercicios de calentamiento de un equipo de béisbol visitante en el campo rival. Por ejemplo, cuando un equipo llega al estadio de su contrincante, enseguida constata las dimensiones del campo de juego. Examina con cuidado la distancia de la valla izquierda comparada con el centro o con la valla derecha; la dirección del viento; las condiciones del campo desde su posición en el campo de juego. Antes de iniciar el partido, un jugador se coloca en el puesto que desempeñará para poder «sentir» el campo. Mientras está allí, intenta predecir cualquier variable que pudiera interferir con su desempeño, tales como su proximidad con la tribuna y el molesto sol de frente que le afecta la visión.

¿Por qué los jugadores de béisbol hacen todo esto antes de iniciar el partido? Porque aunque en apariencia sean similares, cada campo de béisbol es único. Lograr aclimatarse por completo a cada uno de los campos de béisbol es

fundamental para un desempeño exitoso. Del mismo modo, necesitamos poder llegar a «sentir» la estructura del contexto único de Filipenses 2:5 para poder lograr la correcta comprensión de sus enseñanzas. Al analizar la estructura de Filipenses 2:1-11, enseguida notamos que Pablo no escribió Filipenses 2:5 como una declaración aislada, fuera de contexto, lo cual es necesario si alguien desea aplicar este versículo en un sentido general (y muchos lo hacen hoy en día). Filipenses 2:5 está ligado a un contexto específico que brinda una ocasión específica.

En la figura 1, coloqué el texto de Filipenses 2:1-11. Además, inserté espacios entre algunos de los versículos y etiqueté cada parte según su contenido. Esto nos ayudará a identificar las cinco secciones principales de este pasaje. En primer lugar, observa que nuestro versículo en cuestión (Fil. 2:5: «Que haya en ustedes el mismo sentir...») es el centro de todo el pasaje, lo cual demuestra que hay información importante antes y después. Este versículo amplía algo previamente establecido y sigue una línea de pensamiento. Por tanto, Pablo no escribe Filipenses 2:5 de forma desarticulada, ni aislado de todo contexto, para aplicar en sentido general. Está ligado a un contexto específico y tiene un significado particular con un propósito concreto.

En segundo lugar, presta atención a las palabras que Pablo escogió usar en el v. 5: «el mismo sentir que hubo». Cuando leemos el v. 5, nos encontramos con palabras que se refieren a ciertos detalles, hechos o descripciones que indudablemente se hallan fuera del versículo. Apunta a otra cosa. Por tanto, Pablo tenía una manera de pensar o de sentir (algunos lo traducen «actitud») en vista cuando escribió el v. 5.

El contexto nos brinda una clara enseñanza sobre cuál es esa particular manera de pensar y dónde podemos hallarla. Antes de fijarnos en la manera de pensar específica, permíteme alzar una bandera roja de alerta y decirte dónde no se halla esa particular manera de pensar. Muchos reconocen las observaciones contextuales que hemos hecho en cuanto a Filipenses 2:5 y concuerdan en que hay una manera de pensar particular fuera de ese pasaje. Pero lamentablemente, buscan en la dirección equivocada al tratar de hallar la enseñanza sobre esta manera de pensar.

Figura 1

Filipenses 2:1-11 (RVC)

Fundamento

1. Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia,

Mentalidad tripartita – Recomendada (Preceptiva)

2. completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.
3. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo.
4. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás.

Transición

5. Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús,

Mentalidad tripartita – Descripta (Descriptiva)

6. quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
7. sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres;
8. y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Resultado/Recompensa

9. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
 10. para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;
 11. y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios el Padre.
-

He visto con mis propios ojos cómo muchos predicadores dan forma a su bosquejo de sermón para que Filipenses 2:5 les permita presentar el tema desde los vv. 6-8. Determinan que esa manera de pensar a la que Pablo se refiere en Filipenses 2:5 está después del versículo. Por ejemplo, es común escuchar a un predicador decir: «Abran sus Biblias en Filipenses capítulo 2; comenzaremos nuestra lectura esta mañana en el versículo 5 hasta el versículo 11». Al avanzar rápidamente las páginas hasta Filipenses 2:5, el cristiano maduro de la congregación comienza a experimentar una gozosa expectativa porque está familiarizado con los maravillosos y cristológicos versículos que siguen. Sabe que el predicador está por leer algunos de los versículos más profundos, que más glorifican a Dios y que más exaltan a Cristo de toda la Biblia. El predicador lee entonces el versículo 5: «Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús». Varios dejan escapar un «amén». El predicador continúa con el versículo 6: «quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse». Aunque las personas quizás no comprenden este pasaje en su totalidad, aun así todavía se escucha algún que otro «amén» aislado. Y el predicador continúa leyendo los versículos 7 y 8: «sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Y ante la palabra «cruz», como un rayo que atraviesa el silencio y prosigue en un bajo y continuo estruendo, la congregación reacciona con una alabanza unida: «¡AMÉN!». El predicador, mientras mantiene el nivel de pasión que acompañó a la palabra «cruz», inserta una exclamación vehemente: «Nosotros, como creyentes en Jesucristo, debemos tener la “mente

de Cristo”». Y la congregación asiente. Luego, él comete un error exegético que tiene un efecto poco preciso: «Y la Biblia enseña qué es la “mente de Cristo” en los versículos 6, 7 y 8». La emoción poco a poco se vuelve una molesta sensación de incomodidad mientras el predicador trata de extraer la definición de la «mente de Cristo» de estos versículos. Cuanto más expone sobre los versículos, más aumenta la duda en la congregación, y un sentimiento común (aunque no se admita frecuentemente) se arremolina en la mente de los creyentes, quienes piensan: «¿Está seguro de que la Biblia enseña eso?».

¿Cuál es, en concreto, el problema de buscar la enseñanza específica sobre la mente de Cristo en los vv. 6-8? El problema es que la intención de Pablo no era que los creyentes buscaran la enseñanza sobre la mente de Cristo allí. ¿Cómo lo sabemos? Por dos razones. Primero, porque hay algunas cosas en Filipenses 2:6-8 que son humanamente imposibles de hacer. Es más, hay cosas en estos versículos que otros pasajes de la Biblia prohíben específicamente (por ej. considerarse uno mismo como Dios). Además, algunas declaraciones del pasaje carecen de sentido si vamos a considerar los vv. 6-8 como el lugar donde descubrir las enseñanzas sobre la «mente de Cristo». Por ejemplo, si a nosotros como creyentes se nos indica poner en práctica el v. 6 («considerar la igualdad con Dios como algo que no debemos obtener»; dando a entender que somos iguales a Dios), estaríamos quebrantando un firme mandamiento de no tener dioses ajenos delante de Él. Y más aún, para un ser humano, ser dios, un dios o siquiera un atisbo de dios es una completa imposibilidad. Lo que confunde aún más este asunto es que, junto con estas cosas que los humanos no pueden o no deberían intentar, hay algunos detalles en estos versículos que ya se cumplen en el hombre. Por ejemplo, como seres humanos, ya hemos sido hechos «semejantes a los hombres» (v. 7); nacimos hombres o literalmente: nacimos como nacen los seres humanos. Aparte, el v. 8 declara: «y estando en la condición de hombre», es decir: con apariencia humana. Si la mente de Cristo es nacer como nacen los humanos y tener apariencia humana, entonces la totalidad de la raza humana estaría cumpliendo los requisitos para poder tener la mente de Cristo. Resulta más que evidente que esta no es la enseñanza de Pablo sobre este tema. Además, el apóstol menciona en el v. 8 un evento que es bastante poco probable para la mayoría de los creyentes (al menos en EE. UU.): la «muerte de cruz». Para todos los creyentes en Jesucristo, la cruz de Cristo es una bella y magnífica señal que nos recuerda la muerte expiatoria y la resurrección para salvación de todos los que lo acepten a Él, y solo a Él, como Salvador de sus vidas. Sin embargo, Pablo jamás quiso señalar que los creyentes deben procurar la muerte en la cruz. Se trató de un evento que ocurrió específicamente en la vida

de Jesucristo y no es un requisito para parecernos a Él.

Segundo, la gramática usada por Pablo no permite que esta manera de pensar se enseñe en Filipenses 2:6-8. Al decir «el mismo», apunta hacia atrás, al punto o puntos anteriores, no hacia adelante. Cualquiera sea la mente de Cristo, estamos seguros de que Pablo señala hacia atrás a algo que está antes del v. 5 para que lo descubramos. De manera que si alguien quiere explicar que la manera de pensar mencionada en Filipenses 2:5 se enseña de manera explícita en los vv. 6-8, esa persona deberá hacer uso de licencia creativa al punto de estirar el pasaje a un nivel injustificable.

¿Cuál es el propósito de Filipenses 2:6-8? Llegados a este punto, pareciera que los vv. 6-8 fueran en cierta medida irrelevantes al estudio de la «mente de Cristo». Sin embargo, no es así, dado que contribuyen con un profundo segmento de esta enseñanza sobre la mente de Cristo. Es más, Filipenses 2:6-8 es el «golpe de gracia» a todo el debate sobre la «mente de Cristo». ¿Cómo puede ser? El propósito de estos versículos es describir la manera de pensar en acción. Por decirlo de otra forma, luego de enseñar lo que es la mente de Cristo en los versículos previos al cinco, Pablo luego ofrece un ejemplo de alguien acreditado que vivió conforme a esta manera de pensar. Con «acreditado» probablemente nos quedamos cortos. Pablo ofreció el ejemplo de la más profunda figura en la historia de la humanidad como un ejemplo de esta manera de pensar. Por eso designé a los vv. 6-8 (en la figura 1) como «descriptivos». Lo cual significa que Pablo intentaba describir la manera de pensar para el lector y no enseñarla explícitamente.

No te sientas tentado a pensar que la literatura descriptiva carece de valor porque tiene un único y profundo impacto en la totalidad de este pasaje de la Escritura, incluso en la enseñanza sobre la mente de Cristo. Una manera útil de considerar la literatura descriptiva es que esta intenta reforzar un principio ya establecido. Por lo tanto, no se escribe con el propósito de que el lector obedezca los detalles del texto sino sus principios. Por eso, cuando leemos sobre todas las cosas exclusivas de Jesucristo que son imposibles para los seres humanos, podemos sentirnos aliviados al saber que la Biblia no nos las exige. Debemos considerar cómo Jesucristo vivió según estos principios mientras estaba en Su situación única y exclusiva.

Para explicar cómo estudiar las porciones «descriptivas» de la Escritura, quisiera poner un ejemplo. Imagina que yo voy al centro comercial porque quiero

predicarle el evangelio a uno de mis alumnos que trabaja en uno de los negocios. Ingreso a la tienda a las 8:55 de la noche y lo veo en medio del negocio atestado de clientes. Mientras estamos en el sector caballeros, comienzo a hablarle pero él me pide que espere hasta que termine su turno a las 9:00. Acepto y lo espero sentado en un banco en el pasillo del paseo de compras. Alrededor de las 9:05, mi alumno cierra el local, baja la persiana, traba la puerta y ambos comenzamos a caminar rumbo a su automóvil. Allí, me apoyo contra su auto y comienzo a decirle que todos han pecado y están apartados de la gloria de Dios. Agrego que si no le pedimos al Señor Jesucristo, y solo a Él, que nos limpie de nuestros pecados, deberemos pagar nosotros mismos por ese pecado en un lugar terrible y eterno llamado infierno. Le explico luego que si confiesa su pecado, se arrepiente ante Dios de lo malo que ha hecho, (siempre y cuando reconozca que Jesús es Dios, que Su muerte es capaz de redimir el pecado del hombre y que resucitó de entre los muertos) y le pide perdón a Dios y que lo salve, obtendrá la salvación eterna. Entonces, mi alumno inclina la cabeza, reconoce todo lo que mencioné, se arrepiente de sus pecados y pide a Jesús que lo salve. Conversamos un rato más sobre lo que debe hacer ahora que es cristiano. Y luego, nos despedimos.

Observa que he descrito lo que sucedió mientras conversaba con mi alumno. Ahora bien, sería un error que te diera esta descripción como si fueran instrucciones. Estaría mal que yo me pusiera de pie y dijera: «Muy bien, anoten. Así es como deben guiar a alguien a Cristo. Primero, deben ir al paseo de compras. Luego, ingresen al negocio a las 8.55 (no a las 8.54 ni a las 8.56) de la noche. Deben dirigirse al sector caballeros (cualquier otro sector no es bueno y se considera no válido). Discúlpense y aguarden hasta las 9.05, y diríjense al estacionamiento. Presten atención de no comenzar con la presentación del mensaje de salvación hasta que no se hayan apoyado contra el automóvil». Resulta evidente que sería necio requerir que todos siguieran mi descripción al evangelizar. ¿Por qué? Porque sencillamente yo daba una descripción de mi situación en particular.

Entonces, ¿hay algo que debemos adoptar de una porción descriptiva de la Escritura? ¡Por supuesto! De mi relato, deberías seleccionar: 1) es necesario salir de tu ámbito para acercarte a hablarle a alguien de Jesucristo; 2) debes permitir que tus planes se vean retrasados, cambiados o que incluso te ocasionen una molestia, con tal de poder transmitir el mensaje del evangelio; 3) debes positiva y absolutamente creer en la deidad de Cristo, Su muerte expiatoria y Su resurrección para ser salvo; 4) reconocer que la gente necesita admitir su pecado,

que no hay forma de pagar por ese pecado a menos que le pida al Señor que la perdone y la limpie de todo lo malo; 5) reconocer que no debemos abandonar al nuevo cristiano a su suerte sino dedicarle un tiempo para explicarle cómo vivir con su nueva fe en Cristo. Por tanto, las porciones descriptivas de la Escritura son también valiosas y aprender cómo encarar estos pasajes hará que el estudio bíblico sea aun más emocionante.

Veamos entonces cuáles son los principios o las maneras de pensar que debemos buscar en esta porción descriptiva (vv. 6-8). Tenemos que buscar las actitudes o las maneras de pensar enseñadas explícitamente en los versículos previos al 5. A estas alturas, haríamos bien en responder a esta pregunta acuciante: «¿Cuáles son los principios o las maneras de pensar que debemos buscar?». Debido a esto, regresaremos brevemente a lo que dijimos sobre los vv. 6-8. Si, llegado este punto, comprendes el propósito general de Pablo al escribir estos versículos ¡vas bien!

Ahora que hemos establecido dónde no se encuentra la manera de pensar, veamos dónde está. La manera de pensar específica a la que Pablo hace referencia en el v. 5 está explícitamente enseñada en los vv. 2-4. Es más, hay tres maneras de pensar o actitudes reconocibles en estos tres versículos. Observa que en la figura 1, denominé los versículos 2-4: «Tres maneras de pensar – Recomendada (Preceptiva)». Esta parte es bien distinta de la de los vv. 6-8. Aquí resulta absolutamente posible que como seres humanos cumplamos cada una de las órdenes o declaraciones dadas. Estas órdenes no son imposibles ni están fuera de nuestra capacidad. Es interesante notar también que la etiqueta aplicada a esta sección («preceptiva») es distinta a la de los vv. 6-8 («descriptiva»). Una manera sencilla de reconocer la literatura preceptiva es que intenta recetar o recomendar un remedio o un diagnóstico a seguir. Así como un médico prescribe medicina a un paciente para sanar una dolencia, la literatura preceptiva prescribe un curso de acción que el lector debe seguir. Por tanto, no debe sorprendernos que en los vv. 2-4 podamos ver muchas órdenes (algunos las llaman «imperativos» o «mandatos») que el creyente debe obedecer.

Podemos hacer otra observación sobre la cantidad de recomendaciones halladas en los vv. 2-4. Afortunadamente para nosotros, los números de los versículos ayudan al lector a identificar la cantidad de maneras de pensar que Pablo recomienda. Hay una manera de pensar en cada uno de los tres versículos. Por lo tanto, si queremos estudiar específicamente qué es la mente de Cristo, la cantidad de versículos indican que la «mente de Cristo» está compuesta por tres

«maneras de pensar» o «actitudes». De modo que si deseamos afirmar que existe un paralelo entre la mente de Cristo y nuestra vida dentro del cuerpo de Cristo, estas tres maneras de pensar deben ser una realidad en nosotros. Sin embargo, aunque hay tres maneras de pensar o actitudes enumeradas en la porción preceptiva de este pasaje, hay una característica importante: no son maneras de pensar separadas ni independientes, sino tres aspectos de una misma manera de pensar o «sentir» (v. 5). Incluso está en singular («sentir» o «actitud», NTV). Esto implica que Pablo no estaba propugnando una elección de tal o cual aspecto de la mente de Cristo. Tampoco le agrada al Señor la respuesta racional que afirma: «Bueno, estoy bastante bien con estas dos maneras de pensar, aunque no tanto en esta otra. Se podría decir que igual tengo la mente de Cristo». ¡El creyente que desee tener la mente de Cristo, debe incorporar las tres actitudes enumeradas en los versículos 2 a 4! Por esta razón es que etiqueté los vv. 2-4 en la figura 1 como «Mentalidad tripartita». Las tres actitudes conforman la manera de pensar mencionada en el v. 5. Este concepto de tener muchas características comprimidas en una misma entidad no es extraño en la Escritura. El mejor ejemplo es la descripción de Pablo sobre el fruto del Espíritu. En Gálatas 5:22, afirma: «Pero el fruto del Espíritu es...» y enumera nueve características del fruto del Espíritu pero las presenta con la palabra «fruto» en singular. El apóstol enfatizaba que hay nueve aspectos o componentes del fruto del Espíritu. Al igual que con la mente de Cristo, el creyente debe incorporar las nueve características en su vida para poder tener el fruto del Espíritu. Así también, Pablo estructura claramente su enseñanza en este pasaje recomendando los tres aspectos de la singular «mente de Cristo» en los vv. 2-4.

Toda esta reflexión sobre los vv. 2-4 y 6-8 aclara bastante el v. 5. Si volvemos a leer el v. 5, veremos que la primera mitad («Que haya en ustedes el mismo sentir...») apunta hacia atrás, a los vv. 2-4. La última parte del v. 5 («... que hubo en Cristo Jesús») apunta hacia adelante, a los vv. 6-8. Por eso etiqueté al v. 5 como «transición» entre los otros (ver figura 1). Tiene sentido que Pablo presente un ejemplo de alguien que él sabía que serviría de aliento y motivación a sus lectores para seguir sus mandatos.

Toda esta atención a los vv. 2-8 nos lleva al siguiente interrogante: «Si los vv. 2-8 contribuyen con la enseñanza preceptiva y descriptiva de la “mente de Cristo”, ¿cuál es el rol del v. 1 y de los vv. 9-11?». Aunque estos versículos no contribuyen directamente con la enseñanza de la mentalidad tripartita de Cristo, sí contienen profundas enseñanzas necesarias para comprender y vivir los matices de esta mentalidad (vv. 2-8). El v. 1 establece las bases sobre la que

descansan los vv. 2-8, y brindan el fundamento (ver figura 1) o la motivación para que los creyentes en Cristo adhieran a la enseñanza sobre la mente de Cristo. Literalmente, el v. 1 responde a la pregunta: «¿Por qué debería preocuparme por estudiar y desarrollar la mente de Cristo en mi vida?». Los vv. 9-11 proveen el resultado y la recompensa (ver figura 1) de obedecer la enseñanza sobre la mente de Cristo. Sin estos versos (vv. 1, 9-11), las enseñanzas sobre la mente de Cristo carecerían de sentido de responsabilidad (v. 1) y del tan necesario aliento (vv. 9-11), imprescindible para la vida espiritual. Por supuesto que Dios sabía que necesitábamos ser motivados a vivir con esta manera de pensar y también ser recompensados por hacerlo. No hay dudas de que si actuáramos en la carne, no tendríamos ningún deseo de procurar la mente de Cristo. Es más, esta mentalidad tripartita es tan contraria a la carne que esta se opondrá a que la adoptemos. Sabiendo esto, Dios —de manera firme pero amorosa— conduce al creyente por todo el ciclo: de las «razones» a la «recompensa» para animarlo, porque funcionar a Su manera en el cuerpo de Cristo es la mejor manera.

En síntesis, hemos aprendido que Filipenses 2:5 («Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús») no fue escrito para aplicarse en sentido general. Pablo tenía en mente una aplicación mucho más específica. Filipenses 2:5 está ligado a un contexto específico para tener un significado concreto para un propósito particular. Este versículo se refiere a los creyentes y a los principios espirituales regidores que deben desarrollar al interactuar con el cuerpo de Cristo («la mente de Cristo en el cuerpo de Cristo»). Hemos observado que la mente de Cristo está recomendada (explícitamente enseñada) en los vv. 2-4 y ampliada en los vv. 6-8. Vimos que los vv. 2-4 enseñan que la mente de Cristo era una mentalidad tripartita que debe obedecerse en su totalidad. También observamos que el individuo que se muestra como ejemplo descriptivo de esta mentalidad tripartita es el perfecto Dios-hombre, Jesucristo. Por último, reconocimos que esta enseñanza tiene un sólido fundamento, y hay una motivación y una recompensa para obedecerla.

El tiempo invertido en profundizar pacientemente y extraer estas fructíferas observaciones cosechará múltiples beneficios. Estos detalles te alertarán a muchas más perlas de verdades presentes en Filipenses 2:1-11 que a veces pasan por alto aquellos que no se detienen a buscarlas. Dios honrará tu diligencia. ¡Gloria al Señor!

Ahora que tenemos una acabada concepción de la estructura de Filipenses 2:1-

11, estamos listos para sumergirnos directo en sus enseñanzas. Mientras estudias estos versículos, recuerda que la Palabra de Dios promete que cumplirá su propósito en ti. En otras palabras, si Dios promete que Su camino es el mejor, entonces Su camino jamás significará un fracaso. No importa si en tu pensamiento humano racionalizas que no será el mejor; necesitas de entrada obedecer a Dios de corazón, sin tener en cuenta lo tentado que te sientas de apartarte de Sus enseñanzas. Mantén esta verdad en mente, porque aunque este viaje por Filipenses 2:1-11 nos muestre principios espirituales revolucionarios sobre cómo funcionar en el cuerpo de Cristo, las recomendaciones espirituales pueden ser en ocasiones difíciles de digerir. Detente con frecuencia y pídele al Señor que quite toda duda que pueda hacerte desobedecer Sus instrucciones. Que puedas crecer en tu entendimiento del libro de Filipenses mientras meditas en sus enseñanzas. Es mi oración que cada tanto hagas una pausa para elevar alabanzas a nuestro Señor Jesucristo quien te llena de poder para lograr vivir con la mente de Cristo.